# LA NOVELA CÒMICA

## SERAFÍN EL PINTURERO

ARNICHES, RENOVALES

**10** CENTIMOS

Fórmula sencilla y eficaz, procedimiento infalible, positivos resultados. Escribid a la Agencia Colomina, que os remitirá el secreto.

Calle de Fuencarral, 13 y 15.
MADRID

POZOS ARTESIANOS
Norias
Molinos a viento
ESCOBAR
Patente 56.049
ALBERTO ESCOBAR
Cuarte, 48, Valencia.

ORTOPEDIA PRIM. Gran casa constructora de toda clase de aparatos ortopédicos. Piernas, brazos, fajas, bragueros, etcétera. Precios, 19.—Madrid.

FERROCARRILES DEL NORTE. Anunciada convocatoria para cubrir 80 plazas de empleados de oficinas. Preparación. Informes por empleados Compañía. Programa gratis. Infantas, 7, entresuelo.

HERNIADOS, usen el acreditado «Herniario Prim», por ser el que mejor contiene las hernias. Ensayos gratis.—Precios, 19, Madrid.

EL MEJOR SURTIDO
en camas doradas, de madera y hierro y muebles de todas clases. Para todas las fortunas, los encontrarán en los almacenes de muebles
Toledo, 62, y Santa Brígida, I.

CORREOS
ACADEMIA SÁNCHEZ PACHECO
La más antigua y de mayores éxitos.
INTERNOS Y EXTERNOS
Arenal, 24, principales, 2.° y 3.°

FÁBRICA
de ropa blanca y camisería.
MERINO Y NAVAS
*Atocha, 14, y Relatores, 2*
Equipos. Canastillas. Blusas para señora. Últimos modelos en trajecitos para niños.
PRECIO FIJO

CARLOS ARNICHES Y JUAN G. RENOVALES

# SERAFÍN EL PINTURERO

O

## CONTRA EL QUERER NO HAY RAZONES

SAINETE LÍRICO EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN CUATRO CUADROS, MÚSICA DE LOS MAESTROS FOGLIETTI Y ROIG

## ACTO PRIMERO

Patio de una casa de vecinos. Las viviendas son todas de planta baja; tienen puerta, señalada con una letra y una ventanita al lado. Al foro derecha, una puerta grande de dos hojas, con soportal que da a una calle de los barrios bajos extremos de Madrid. En este portal, en su parte derecha, una puerta practicable, y al entrar en escena, a su izquierda, una fuente de vecindad. Son además practicables, las puertas de los cuartos: A, que estará en segundo término derecha; B, segundo izquierda; C, primero derecha y D, primero izquierda. A la puerta del cuarto señalado con la letra C, varias jaulas de jilguero colgadas en la pared. En el foro izquierda, patio grande que sirve de paso para otras viviendas. Del esquinazo del portal hacia la izquierda, y sostenida en medio por un larguero, una cuerda en la que hay tendida una sábana con un roto en el centro bastante grande y alguna otra ropa pobre y remendada. Dicha sábana se quita a su tiempo. Detalles a juicio del pintor.

Es de día.

(*Durante la sinfonía y en el sitio indicado en la partitura, se oye detrás del telón la siguiente copla*:)

"No te oceques, pajarero,—mira que hasta los gorriones
saben que, si es verdadero,—contra el querer no hay razones."

(*Termina la música.*)

### ESCENA PRIMERA

SEÑOR SILVINO y ANTOLIN

Al levantarse el telón, aparece ANTOLIN en el portal mirando con mucho interés hacia el fondo derecha. Va y viene risueño y afanoso de la puerta, para hablar con alguien que se supone oculto detrás de la sábana. Se asoma a hablarle por el roto.

ANTOLIN.—Aguarde usté que me cerciore. (*Mira con interés.*) Sí, señor; es ella. Es la Guadalupe. Ahora han torcido de la Glorieta. Viene hablando con la Jesusa la del pajarero. (*Se acerca.*) Traen mucha cachaza. No se le ve á usté náa; no, señor. Usté, de que pase y se quede sola, saca usté la cabeza por el roto y le dice usté el tercer piropo de este librito. (*Se lo da.*) Sí, el tercero; lo

tengo experimentao. Es un piropo, que al principio las asusta; pero luego es el que las hace más de reir. (*Va á la puerta.*) Ya están cerca. ¡Mi madre!, ¡qué señora! ¡Viene que atufa de guapa! Y tóo por usté, so lila. (*Amagándole un golpe por encima de la sábana.*) ¡Vaya una hembraza! !Ni que diera usté arrope! (*Silvino saca la mano por el roto y le dice por señas que se vaya.*) Ya me voy, ya. Aquí la tié usté. ¡Duro y á ver una faenita de fenómeno! (*Silvino saca por el roto las dos manos y con un pañuelo de hierbas simula como pueda, unos lances de capa.*) ¡Ole! (*A cada lance.*) ¡Ole! (*Aplaudiendo ante el último recorte.*) ¡Bravo, bravo! (*Silvino le hace manos.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Qué tío este! (*Vase por la puerta habitación que hay dentro del portal.*)

## ESCENA II

### JESUSA y GUADALUPE

Dos mozas de rumbo, limpias, bien vestidas, repeinadas, con sus mantoncitos de crespón. Vienen fondo derecha, hablando animadamente y así entran en el patio.

GUADALUPE.—¡Pero hija!, ¿qué me dices?

JESUSA.—Sí; mira, Guadalupe, la verdad: te ha traído aquí aposta.

GUADALUPE.—¡Amos, hay que ver! ¡Eres un rato largo de fresca, hija! ¡Sacarme del obrador!

JESUSA.—¿Y a quién va una a volverse? No tengo a nadie, ya lo sabes; tú eres como mi hermana y como voy a entrar por la puerta de mi casa y se van á tirar todos contra mí como fieras, pues no he teníó valor pa venir sola, la verdá.

GUADALUPE.—No, hija, si m'alegro, porque no te iba yo a dejar en un apuro así, pero vamos...

JESUSA.—Ya sabes cómo están conmigo mi padre y mi madre por lo de Serafín.

GUADALUPE.—Y con *muchisma* razón, que eso es aparte, que yo no sé qué t'ha cegao de ese golfo, que eso no tié el demonio por donde le coja: vago, juerguista, postinoso, que no quié arrimo de nadie, que se va con la primera que se presenta y no está más que a lo suyo...

JESUSA.—Todo eso lo sé, Guadalupe, pero yo le quiero, qué quiés que te diga; le quiero a cegar. Es como una locura que me ha entrao, y ni golpes ni razones valen contra este querer.

GUADALUPE.—Pos hija, allá penas; que si tú sabes lo que es ese hombre y no te importa, ¡á ver qué va hacer una!

JESUSA.—Figúrate si lo comprendo.

GUADALUPE.—Bueno; y lo de hoy...

JESUSA.—Pues lo de hoy, es, que ya sabes que el señor Lucio "el Canene", está conmigo que no vive y ayer les habló a mis padres.

GUADALUPE.—Pero... ¿cosa formal?

JESUSA.—Pa casarse por la posta. Y quedó en que me lo dijesen a mí y en que yo lo pensase y que hoy vendría él por la contestación.

GUADALUPE.—¿Y tus padres?...

JESUSA.—¡Carcúlate! Como es un tío con guita larga, locos de contentos. La *custión* es vivir sin hacer náa, y una que se esgarre si quiere. Pero á mí, ni que lo piensen. Mal ú bien, quiero querer a un hombre que me guste, que pa eso tengo veinte años, que a mí el dinero no me tira y yo me moriré de vieja, sin que me haya llamao rica nadie, más que el hombre de mi gusto: mi marido.

GUADALUPE.—Haces bien, chica, en eso eres honrá: di que sí...

JESUSA.—Pues bueno; me están esperando ahí dentro pa saber mi parecer. ¡Calcúlate, de que yo entre y les dé el desengaño!

GUADALUPE.—Te van a poner negra.

JESUSA.—Déjalo. Un escándalo es una hora, un cardenal una semana; pero un marido que no te guste es pa toa la vida.

GUADALUPE.—Chica, ánimo; una mujer como tú de noble, pues Dios no la abandona; déjate.

JESUSA.—Tú esperas ahí, en tu casa, y de que sientas el jaleo, vienes.

GUADALUPE.—(*Acompañándola hasta la primera derecha.*) Descuida.

JESUSA.—Y si me echan, me llevas contigo a casa de tu maestra.

GUADALUPE.—¡No será pa tanto! Anda, llama.

JESUSA.—(*Después de llamar.*) Miá que temblor tengo.

GUADALUPE.—Tú, con sosiego.

JESUSA.—Estoy a todo. (*La abren y entra.*)

GUADALUPE.—¡Amos, que esta pobre chica, hay que ver! ¡Qué asco de mundo! Pero esto no tié gobierno. Desde que debutaron Adán y Eva con lo de la manzanita, que este jaleo de hombres y mujeres no hay quien lo apañe. (*Inicia el mutis hacia la primera izquierda.*)

## ESCENA III

GUADALUPE y SILVINO

SILVINO.—(*Sacando la cabeza por el roto de la sábana.*) Permita Dios que se muera usté...

GUADALUPE.—(*Deteniéndose y haciendo un movimiento de asombro.*) ¡Mi madre!

SILVINO.—De vieja.

GUADALUPE.—(*Riendo.*) ¡Hijo, por Dios, qué susto!

SILVINO.—Es un piropo con sorpresa. Asusta, pero luego hace de reir: el número tres.

GUADALUPE.—¡Amos, miá que es humor! Pero ¿qué hace usté ahí, hombre de Dios?

SILVINO.—(*Aludiendo al de la sábana.*) Que me he mudao al siete.

GUADALUPE.—¡Ja, ja! ¡Y menudo! ¡Amos, miá que encontrarle á usté entre sábanas!

SILVINO.—¡Qué lástima que no haya sido al revés!, ¿eh?

GUADALUPE.—(*Avanzando hacia su casa.*) Bueno; tanto gusto, que me llaman.

SILVINO.—(*Saliendo.*) ¡Chist!... Guadalupe.

GUADALUPE.—¿Qué se le ofrece á usté?

SILVINO.—(*Cogiéndola de una mano cariñosamente y trayéndola al centro de la escena.*) A ver si me quería usté hacer el osequio, usté que la tiene, de facilitarme un poquito de sal, pa ver si me resultan sabrosas las cuatro necedades de esta existencia.

GUADALUPE.—¿La encuentra usté dulce?

SILVINO.—Sosa. Pero si usté me deja que pellizque y espolvoree, (*Uniendo la acción á la palabra.*) va usté á ver un farolero salao.

GUADALUPE.—¡Qué tío tonto!

SILVINO.—Guadalupe: me tié usté el corazón que el día que hace aire me salen llamas.

GUADALUPE.—¡Jesús, qué miedo! ¿Y por dónde ha empezao el incendio?

SILVINO.—Por una colilla, ya ve usté. Y yo no sé si se habrá usté fijao que hace quince días que me saco la raya. (*Se descubre.*) Véase la clase.

GUADALUPE.—¡Qué bonita!

SILVINO.—No me sale muy derecha, porque me la saco á dedo; pero ya verá usté cuando tenga un peine. Las uñas me las corto con punta. (*Se las mira, y luego esconde las manos.*) No se las enseño á usté, porque no quiero discusiones.

GUADALUPE.—Que las habría.

SILVINO.—Y, además, he tomao dos números en una rifa pa ver si me toca una pastilla de jabón.

GUADALUPE.—¡Caramba!

SILVINO.—Y tóo por gustarle á usté.

GUADALUPE.—¿De veras?

SILVINO.—A más tengo un oficio de *muchismo* lucimiento.

GUADALUPE.—Eso es verdad.

SILVINO.—Una cartilla del Monte, de menos lucimiento, porque es de deciocho pesetas náa más; pero por algo se empieza, y un carázter que soy un cordero. Vivo en la letra B, conque no le digo á usté más. Pos güeno: tóo esto, anesionao á un corazón, que es un volquete deseando de transportar á ese cuerpo deciocho toneladas de caricias, es lo que pone á su grata disposición, este muy suyo, que lo es afectísimo seguro servidor, y no digo que beso sus pies, porque yo no beso las almendras: me las como. (*Adopta al terminar una postura jacarandosa.*) Respuesta pagada.

GUADALUPE.—Pues ahí va la respuesta: Agradecida buena voluntad. Imposible aceder. Dada la palabra casamiento señor Pepe, aguacil Juzgao Inclusa, Guadalupe.

SILVINO.—No firmo el recibo.

GUADALUPE.—¿Por qué?

SILVINO.—Amos, por Dios, señora. ¡Usté casada con uno del Juzgao! Pero, ¿usté sabe lo que es pasarse toda la vida *sub-judice?*

GUADALUPE.—¡A ratos tié usté gracia, hijo! Pero, en fin, ¿va en serio?

SILVINO.—Venga.

GUADALUPE.—Pues que pa una mujer formal, como yo, tié usté dos cosas, que ni de balde.

SILVINO.—Enuméremelas.

GUADALUPE.—Primerita: que es usté más desastrao que la cama de un galgo.

SILVINO.—Pero, señora, con catorce reales diarios, ¿en qué ojal quié usté que me ponga yo violetas?

GUADALUPE.—Y segunda: que pimpla usté; que es usté un borracho, y, francamente, hijo, no quiero un marido á *tajadas.*

SILVINO.—¡A *tajadas!* ¡Qué exageraciones! ¡Que soy desastrao! Pero, si no tengo más cuido que el de una hija de deciséis años, bastante otusa la pobre. Y respetive á que bebo, pues carcúlese usté; un hombre viudo, voy á mi casa por la noche, y, ¡claro!, estoy más aburrío que un perro atao. Y ¿qué hacer? A la taberna. Y allí... pos no me voy á poner pintar á abanicos; bebo, ¡qué remedio! Pero si viera usté el daño que me hace á mí el vino...

GUADALUPE.—¿Qué siente usté cuando bebe?

SILVINO.—Que me s'acabe. (*Riendo.*)

GUADALUPE.—¡Maldita sea! ¡qué tío fresco! Bueno, pa hablar con usté hay que ponerse ropa de *invierno.*

SILVINO.—Pa hablar conmigo no le hace á usté falta ropa ninguna; una mijita de cariño bastaría.

GUADALUPE.—¡Qué tío éste! ¡Si no se emborrachara!...

SILVINO.—(*Acercándose muy cariñoso.*) ¿Me querría usté?

GUADALUPE.—¡Hombre!...

SILVINO.—¡Ay, si usté me quisiera, Guadalupita!

GUADALUPE.—¿Qué iba á pasar?

SILVINO.—¡Mi madre!

## ESCENA IV

DICHOS y DOROTEA

DOROTEA.—(*Llamando desde dentro.*) ¡Padre!

SILVINO.—¡Mi niña! (*Se separa hacia la derecha.*)

DOROTEA.—(*Saliendo del cuarto segunda izquierda, ó sea letra B. Es una chica como de diez y seis años, desastrada. Va sin peinar, con la ropa*

*mal sujeta. Saca unos pantalones de hombre en la mano.)* ¡Amos, hombre, por Dios! ¡Pero hijo!... ¡Pero padre!... ¡También tié usté cachaza, caray! Aquí de palique perdiendo el tiempo y una esgarrá á trabajar. *Tá* bonito!

SILVINO.—Oye, niña, saluda.

DOROTEA.—No tengo tiempo. ¡Misté ahora el hombre éste! ¡Saluda, saluda!

GUADALUPE.—¡Qué fina!

SILVINO.—Es un higo chumbo.

DOROTEA.—Seré lo que sea, pero no voy á dengún lao á dar conversación á los hombres, como hacen otras desahogás, eso es. ¡Vaya, hombre! ¡Maldita sea!

GUADALUPE.—Oye, niña: eso á tu padre, que me ha llamao al pasar.

DOROTEA.—¡Sí, pasar, pasar!... Que no sabremos aquí lo que es pasar, cuando se quié pasar. Diga usté que una... Bueno: y usté, cuando quiera usté, ya pué entrar, que ya le he hecho á usté la comida.

SILVINO.—¿Y qué me has hecho, rica?

DOROTEA.—Pan y uvas.

SILVINO.—No, que como ahora está subiendo el carbón, la chica, pa no gastar...

DOROTEA.—Y también le he puesto á usté los cuchillos al pantalón, que ya pué usté mudarse; no se le vayan á usté á caer esos, que los lleva usté sin botones.

GUADALUPE.—¡Mi madre! No sabe una los peligros que corre.

SILVINO.—¡Calla, mujer, no me pongas en ridículo! (*A Guadalupe.*) No s'asuste usté, que los llevo sujetos con una cuerda. (*Mostrando la que lleva atada á la cintura.*)

GUADALUPE.—Bueno; pero si se soltara...

SILVINO.—No hay cuidao. Son ocho vueltas; tién cuerda pa veinticuatro horas. (*Coge los pantalones.*)

GUADALUPE.—¡El pantalón sin botones, Dios mío! ¿Y llevará usté el chaleco...?

SILVINO.—(*Mostrándolo.*) Sin un botón; pero eso desde que he nacido. (*Enseñándole el pantalón.*) Es mañosa la chica. ¿Qué le parecen á usté los cuchillos? (*Que son grandes y de otro color.*)

GUADALUPE.—Por el tamaño, no son cuchillos de postre, la verdad.

DOROTEA.—(*Algo enfadada.*) Bueno; pero el sitio en que caen, tampoco es pa que se lo miren con gemelos; conque qué más da. Una esgarrándose á trabajar pa que luego vengan de fuera á creticarla á una. ¡Maldita sea!... Por supuesto, que la culpa...

GUADALUPE.—Mujer, yo no he dicho...

DOROTEA.—¡Yo no he dicho, yo no he dicho! ¡Maldita sea! Ya quisiá yo ver la casa de usté por dentro, eso es; que habrá que verla.

GUADALUPE.—¡Ay, pero hijo, esta chica se pone que muerde!

SILVINO.—¡Cállate, Doro!

DOROTEA.—Sí; cállate, Doro, cállate, Doro. Como que á eso vienen, á quitarle á usté la voluntá que le tenga usté á una, y náa más. ¡Que no crea usté que me chupo el dedo, no, señora!

GUADALUPE.—Haces bien, hija. Vaya, dela usté pa chufas á la niña, que se lo ha ganao. Es una monada. ¡De verano! (*Entra en su casa, primera izquierda. Dorotea va casi siguiéndola hasta la puerta.*)

SILVINO.—(*En un arranque llega hasta Dorotea y la da un azotazo.*) ¡Maldita sea! ¿Lo estás viendo? ¿Es esa la educación que yo te he dao?

DOROTEA.—(*Casi llorando.*) No, señor; la que usté m'ha dao la tengo en el baúl, porque con esta señora la iba á perder. Pero ni que me diga usté, ni que no me diga, madrastitas no quiero, que *coste*. Que esa lagartona ya sé yo á lo que tira; pero no se lleva el logro; ¡por estas!

SILVINO.—Bueno, tú te callas, que no eres quién pa mandar á tu padre.

DOROTEA.—Pero, ¿pa qué nesecita usté á ninguna mujer, diga usté? ¿Pa qué las nesecita usté, diga usté?

SILVINO.—(*Rabioso.*) No quiero decir nada.

DOROTEA.—¿No le llevo yo á usté como el oro?

SILVINO.—Déjalo en estaño.

DOROTEA.—¿Se le para á usté una mosca encima?

SILVINO.—Porque no las dejo; pero todas hacen el ánimo.

DOROTEA.—Pues entonces, ¿á qué va usté á enguirlotarse con una chulona, que no le quiere á usté pa náa güeno?

SILVINO.—Tú qué sabes.

DOROTEA.—¡Maldita sea! ¿Pero cómo le va á usté á querer, si es usté más feo que estarnudar en la mesa?

SILVINO.—¿Yo feo? ¡Ten cuidadito con lo que dices, que estás hablando con tu papá!

DOROTEA.—Si tié usté una dentadura que es un dominó, hombre.

SILVINO.—¿Un dominó?

DOROTEA.—Como que cuando junta usté los dientes paece que cierra usté á blancas.

SILVINO.—¿A blancas? ¡Hija pódriga!... ¡Descastá!... ¡So gurrumina! ¡Me llama feo á mí, y eso es un rábano soliviantao!

## ESCENA V

DICHOS, JESUSA, MARCIALA, LEONCIO, GUADALUPE, BLASA, BAUTISTA, NICOMEDES, PRIMITIVO, ANTILIN, VECINOS y VECINAS

**Música.**

(En casa del señor Leoncio el Pajarero, empieza a oirse el rumor creciente de una disputa violenta.)

MARCIALA (*Dentro.*) ¡Gandula! ¡Bribona!
JESUSA (*Idem.*) ¡Le quiero y le quiero!
LEONCIO (*Idem.*) ¡Por Dios!
MARCIALA ¡Mala hija!—¡Te voy á matar!
LEONCIO Déjala, Marciala.
JESUSA Es inútil, madre.
MARCIALA El pellejo á tiras—te voy á arrancar.
DOROTEA ¡Repeine, qué bronca!
SILVINO Oye con cuidao.
DOROTEA Vaya una garata.
GUADALUPE (*Saliendo de su casa.*)
¡Ay, que ya se ha armao!

(*Van saliendo todos los indicados al principio de la escena: Antolín, con una vecina de su casa; Bautista, de la seguda derecha; Nicomedes, señá Blasa y vecinos de ambos sexos, fondo izquierda, ó sea de las viviendas que se suponen después del segundo patio; otros vienen de la calle. Todos son gente de la clase obrera; unos visten de blusa, otros en manga de camisa, algunas con el pelo colgando, como si se estuvieran peinando, etc., etc.*)

NICOMEDES ¿Dónde es la trifulca?
DOROTEA Donde el pajarero.
BLASA ¡Es con la Jesusa!
DOROTEA ¡La van á mondar!
GUADALUPE Que ella está chalada—por el "Pinturero",
y ellos con un viejo—la quieren casar.
BAUTISTA.— (*A Nicomedes.*)
Llama tú.
NICOMEDES Yo no me meto.

BLASA ¡Sabe Dios qué pasará!
SILVINO Voy á ver si los arreglo.
DOROTEA (*Cogiéndole de la blusa y deteniéndole.*)
Usté no se meta en náa.
BLASA ¡Por Dios, silencio, que salen!
GUADALUPE Que salen, callarse ya.

(*Se abre violentamente la puerta del cuarto de Jesusa, y sale ésta huyendo, llorosa y descompuesta, pasando á la izquierda, donde queda formando grupo con Guadalupe y Silvino, que la amparan. Detrás, y como persiguiéndola, sale la señá Marciala, desgreñada, lívida, hecha una furiá. Antolín, Blasa y algunos vecinos la sujetan, formando grupo en el centro. Tras ella, y tirándola de la falda, el señor Leoncio, en cuerpo de camisa, con los tirantes colgando, la cabeza y la cara aún mojadas y una toalla liada al cuello. Este, con Bautista y Nicomedes, forman grupo á la derecha. Al fin sale Primitivo llorando y se coloca al lado de su madre.*)

JESUSA ¡Socorro!
MARCIALA ¡La mato!
LEONCIO ¡Marciala!
PRIMITIVO ¡Hay que ver!
GUADALUPE ¡Cogerla!
MARCIALA ¡Soltarme!
LEONCIO ¡Calmarse,—rediez!
JESUSA Ni que me peguen—y me maltraten,
ni que me maten,—logran de mí
que olvide al hombre—que yo prefiero;
que cuando quiero—yo soy así.
MARCIALA Ni que me llores,—ni que te mueras,
ni que le quieras,—se terminó.
Yo te lo mando,—pa eso soy madre;
porque tu padre,—como si no.
BLASA Marciala, no seas así.
GUADALUPE Jesusa, no digas náa.
SILVINO Y hay que hacerme caso á mí.
DOROTEA (*Como antes.*)
Usté no se meta en náa.
BLASA (*A Guadalupe, por Jesusa.*)
Mételа en su cuarto;—corta la custión.
LEONCIO Y á ésta darla tila—pa la excitación;
y á mí pa esta angustia—un poco de ron.
JESUSA Ni que me peguen, etc.
MARCIALA Ni que me llores, etc.

(*Blasa y algunas vecinas se llevan á Marciala y Primitivo por el segundo patio. Guadalupe, con Silvino, que las acompaña hasta la puerta, entra en su casa con Jesusa; los demás hacen mutis por donde salieron, excepto Bautista y Nicomedes.*)

JESUSA Yo nunca le olvidaré.
MARCIALA ¡Bribona! ¡So descastá!
SILVINO Señora, cálmese usté.
DOROTEA Usté no se meta en náa.
(*Entra en su casa.*)

## ESCENA VI

SILVINO, LEONCIO, BAUTISTA y NICOMEDES

**Hablado.**

LEONCIO.—(*Desesperado, lloroso.*) Sí, hombre, sí; llevarse á esa hija de

mi vista. Llevársela, porque si no la despedazo. (*Mordiendo la toalla.*) ¡Maldita sea!

NICOMEDES.—Por Dios, Leoncio; cálmate, que te comes el fleco.

LEONCIO.—Si no puedo más, Nicomedes. ¡Darme estos disgustos, sabiendo que padezco de *blonquitis* pulmonal.

BAUTISTA.—Bueno: ¿y por qué ha sío la custión?

LEONCIO.—¿Por qué va á ser? Esa mala hija que se nos ha encaprichao con ese chulo de Serafín el "Pinturero", que yo no sé que l'ha dao pa tenerla enguirlotada. Un hombre que no l'hace caso, que la está refregando

la mar de mujeres por los hocicos, que no dispone de una linda... ¡Un hombre que le tiene que pagar ella hasta el tranvía, y que encima se incomoda si no le dan capicúa!...

SILVINO.—Que hará *coleción.*

LEONCIO.—Bueno: pues figurarse que ese cacho de prima de hija, que lo único que tiene me lo debe á mí, que es que ha salío guapa, ha ido y ha encontrao un hombre rico, formal y decente: el señor Lucio el "Canene", abastecedor de carnes de la *Cebá,* con la mar de ganao en Navalcarnero y medio pueblo suyo.

BAUTISTA.—Sí, que es hombre rico; pero es que ustés no han reparao que la dobla la edaz.

LEONCIO.—¿Y qué tié que ver eso? En cambio nos ha pedío á la chica pa casarse en serio. ¡En serio!... Lo que no se estila. ¡Tú figúrate nuestra alegría!... ¡Un yerno adinerao! ¡Pasarnos la vida sin hacer náa, que es el ideal de la gente trabajadora! ¿Qué más podíamos desear? Bueno; pues esa desgraciá, en vez de volverse loca y ser ella feliz y mirar por sus respetables padres, va y dice que ella no se sacrifica por nadie; que si quere-

mos comer, que trabajemos. ¿Será mala hija? ¡Que trabaje yo! ¡¡Su padre!!

SILVINO.—¡Qué descastada!

LEONCIO.—(*Llorando.*) ¡Y me lo dice á los cincuenta años! ¡la edad del descanso!

NICOMEDES.—¡Qué infamia!

BAUTISTA.—No t'aflijas, hombre.

LEONCIO.—Pero, anda, que la muy arrastrá, en eso ha salío á su madre, que de recién casaos no callaba. "Trabaja, Leoncio. Trabaja, Leoncio." ¡Y me lo decía á los veinticinco años! ¡la edad de las pasiones!

SILVINO.—Bueno, pero, ¡caray! ¿á ustez qué edad le paece la más á propósito pa trabajar?

LEONCIO.—La edad viril, sino que se me pasó inazvertida.

SILVINO.—Que no pué uno estar en todo

LEONCIO.—¡Claro, hijo!

NICOMEDES.—Pues créeme á mí; coge á esa golfa y dala pal pelo.

BAUTISTA.—U que la haga los cargos primero, señor.

LEONCIO.—¿Los cargos? Pero si se lo tengo dicho hasta en *berebere* que el señor Lucio es nuestra felicidad. Y ella, que no; emperrá en que no le gusta. Y va y me salta con la tontería de que ella lo que quiere es querer al hombre con quien se case. ¡Querer al marido! ¡amos, será cursi! ¿Pero, dónde se estila eso ya? ¡Que pregunte á su madre! ¡Que vaya de casa en casa, á ver dónde encuentra una mujer que quiera al marido!...

SILVINO.—Que son jóvenes y no reflexionan.

NICOMEDES.—Ni están al tanto de las modas.

LEONCIO.—A más de que es lo que yo l'argumento, señor. Con casarte enamorá de un hombre, ¿qué ganas? Pues aperrearte la existencia y na más.

NICOMEDES.—¡A ver!

LEONCIO.—Conque si tarda por las noches, conque si no viene á comer, conque si no viene á cenar, conque si ha mirao á ésta, conque si le ha dicho á la otra... ¡Un atosigo! Mientras que si se casa con un hombre ya de peso, como no le importa mayormente, pues se ve en todo una formalidaz, que pué hacer lo que le dé la gana y nadie se mete con ella. ¿Estoy errao?

SILVINO.—Debía usté estarlo, pero no, señor; le está usté poniendo una greca al Evangelio.

LEONCIO.—¿No tengo razón?

NICOMEDES.—A sacos.

LEONCIO.—Pues, por Dios, Silvino, tú que eres hombre de luces, coge a esa chica y háblala al alma; á ti te hace caso.

## ESCENA VII

DICHOS, MARCIALA y PRIMI, que vuelven a salir momentos antes y se acercan llorosos.

MARCIALA.—Sí, señor Silvino; hágalo usté por una madre. Hágala usté los cargos, porque ese golfo de Serafín no quié más que quitarla de su bien. Y una, señor Silvino, no lo va á hacer por el interés, porque una es madre; pero es que el señor Lucio nos ha ofrecido ponernos una tablajería en San Miguel el día que se case. ¿Y va una á tirar el bienestar?

SILVINO.—Descuiden ustés, que yo l'haré las reflexiones á la Jesusa.

MARCIALA.—Dentro de media hora va á venir ese hombre á saber las resultas. ¡Por Dios, que le diga que sí, que son muchas onzas las que tiene! Que despida de una vez á ese golfo, ladrón que ¿qué la va á dar? Golpes y disgustos.

SILVINO.—Na, señá Marciala, déjenme ustedes con ella, que poco he de poder u la vuelvo como un calcetín.

MARCIALA.—¡Dios se lo pagará á usté, hijo!

LEONCIO.—Si haces eso, Silvino, cuenta con un par de botas... de Valdepeñas, que ya sé del pie que cojeas.

SILVINO.—A casa y tranquilidaz.

LEONCIO.—¡Que Dios te ilumine, farolero!

SILVINO.—La convenzo; descansen ustés.

MARCIALA.—¡Ojalá! (*Entran en su casa Leoncio, Marciala y Primi; Bautista en la suya, y Nicomedes vase por el segundo patio. Silvino acompaña á los primeros. Apenas queda solo, salen corriendo Guadalupe y Jesusa, de casa de la primera.*)

## ESCENA VIII

SILVINO, GUADALUPE y JESUSA

GUADALUPE.—Pero venga usté acá, tío gasista.

SILVINO.—(¡Arrea, me han oído!)

GUADALUPE.—Pero ¿usté, á qué se pone de parte de nadie?

SILVINO.—Guadalupe, yo trato de que una familia honrá y una chica decente como la Jesusa...

JESUSA.—Me case con el hombre que no quiero, pa que vivan bien en mi casa, ¿verdá? ¿Y es eso lo decente?

SILVINO.—Mujer, yo no digo que eso, pero... vamos...

GUADALUPE.—Lo que tié usté que hacer, si quié usté que yo le mire á la cara, es ayudarnos en todo y por todo y ponerse de parte de ésta.

SILVINO.—Pero, Guadalupe, que yo había quedao...

GUADALUPE.—Cuando un hombre queda en hacer una tontería, no queda en na.

SILVINO.—Guadalupe, que tengo mi palabra en el aire.

GUADALUPE.—Pues recójala usté.

SILVINO.—¿Qué la recoja? Bueno, pues... (*Medita un instante y rápidamente hace como si recogiera de un manotazo una cosa del aire y se la guarda en el bolsillo.*) Recogida; hale.

GUADALUPE.—Así me gusta.

SILVINO.—Estoy viendo que usté me pasea á mí por Recoletos con una cadenita y un palo en la boca con dos farolitos. ¿Qué hay que hacer?

JESUSA.—Pues que vaya usté al tupi de la Glorieta y le diga usté á Serafín que venga antes que llegue el señor Lucio, que quiero saber lo que piensa hacer con mi vida. Dígale usté la paliza que m'han dao.

SILVINO.—Descuida; te traigo á ese mal ángel en un vuelo. (*Al iniciar el mutis suena dentro el schotis "Serafín el Pinturero" de "El Amigo Melquiades", ejecutado por un piano de manubrio.*)

GUADALUPE.—Callar.

JESUSA.—El organillo del "Canela"; lo conozco por lo que toca.

GUADALUPE.—Vendrá Serafín con él. ¡Como son tan amigotes!...

JESUSA.—De seguro. Voy á ver. (*Se asoma por el portalón y mira hacia la derecha.*) Sí; ahí en la esquina están de *posta*. ¡Gracias á Dios!

GUADALUPE.—(*Haciendo mutis hacia su casa.*) Háblale clarito.

JESUSA.—Descuida.

SILVINO.—(*Dirigiéndose hacia su casa; á Jesusa.*) Yo ahueco. Si quiés algo, toca el timbre de esta forma. (*Da dos puntapiés á la puerta de su casa y hace mutis.*)

GUADALUPE.—(*Indicando á Jesusa que se esconda con ella.*) Déjale que entre.

JESUSA.—Sí, calla. (*Entran en casa de Guadalupe.*)

## ESCENA IX

SERAFIN y JESUSA

SERAFIN.—(*Mientras sigue sonando el organillo, entra por la derecha al portalón, se asoma al patio y mira. Trae en la mano un manojo de rosas.*) ¡Anda diez!... ¡Y no está! Debía estarme esperando; quedé en venir la semana pasá. ¡Que se cansan de todo! (*Entra. Es un chulillo, elegantemente vestido; lleva gorra inglesa y unas cuantas alhajas.*) ¡Jesusa! (*Llamando siempre en voz bja.*) ¡Jesusa! (*Cesa la música en el organillo en el momento en que aparece Jesusa en la puerta de la casa.*)

JESUSA.—Me habían dicho que tenías poca lacha; pero poca es algo.

SERAFIN.—Mujer, si es que ha sido que...

JESUSA.—¡Hay que ver, hijo! ¡Ocho días sin ocuparte de una, sabiendo lo que me pasa con el señor Lucio, con mis padres, con too!

SERAFIN.—Uno también tiene sus quehaceres.

JESUSA.—¿T'han estao esaminando pa Correos, por un casual?

SERAFIN.—Bueno, déjate de banderillas, que han cambiao la suerte. (*Enseñándole las rosas.*) ¿Y esto que te traigo, porque sé que te gustan, vale poquito?

JESUSA.—Diez céntimos.

SERAFIN.—¿Y la voluntad?

JESUSA.—Si la tuvieses buena y pa mí sola, un mundo valdría; pero sí, sí.

SERAFIN.—(*Poniéndose ante la cara el manojo.*) ¡Rositas de olor!... ¡Más bonitas que tú! ¿Qué hago? ¿Las tiro?

JESUSA.—Trae, trae, arrastrao. (*Se las prende en el pecho.*) Pero soy una tonta. ¡A que me canso! Serafín, tú no me quieres.

SERAFIN.—Amos, calla, chata.

JESUSA.—¿Y por qué te vas con otras?

SERAFIN.—Otras, son otras; pero aquí dentrito no mande nadie más que usté, joven.

JESSUSA.—Sí, usté y compañía, que no te conoceré yo. Y ni que te lo pida una de rodillas, que no tienes tanto así de vergüenza; que ya quisiera yo que hubieras dao con otra, y veríamos. Te iban á ti á rifar con lazos el día Pascua.

SERAFIN.—¡Y un jamón!

JESUSA.—¡Pa que no! Di tú que una es tonta de nacimiento, y sabes que te quiero y de eso te vales.

SERAFIN.—Oye, rica; que ca entrevista salgo de aquí pa poner una latonería.

JESUSA.—Sí, sí; chacharramanchas. Bueno, y á too esto, ¿qué hago yo con el señor Lucio?

SERAFIN.—Siéntale en un poyo, y que masque suela.

JESUSA.—Yo lo haría; pero dame tú siquiera una prueba de cariño.

SERAFIN.—¿Una prueba? Basta; s'acabao. El domingo, á las tres, vengo por ti.

JESUSA.—¿Pa qué?

SERAFIN.—Te llevo al "Juncal", ese baile que ha puesto en la Manigua Paco el "Chalana", reparto invitaciones, y delante de todas, agarraditos, como la muestra, nos bailamos too el programa encima del mismo ladrillo, pa que se enteren de quién es mi negra. ¿Te hace?

JESUSA.—Pero, Serafín, si lo que yo quiero es que dejes esta vida de juergas, que trabajes, que seas honrao.

SERAFIN.—Despacito, que el que core, se cae.

JESUSA.—Y si al menos supiera yo que no tienes otras mujeres...

SERAFIN.—Eso grítalo.

JESUSA.—Júrame que no quieres á otra, y hago lo que te dé la gana. ¿A que no?

SERAFIN.—Jurao.

JESUSA.—¿Cómo lo has jurao?

SERAFIN.—De *nen*: con cruz y todo: mira.

JESUSA.—¿De veras?

SERAFIN.—(*Abrazándola muy meloso.*) Si eres como el aire pa mis pulmones, chata. Ven acá, negraza de mi alma. Si me tiés como hipotecao; si yo...

## ESCENA X

DICHOS y PATRO, que ha entrado por el portalón y queda parada al verlos abrazados. Es una chula de rompe y rasga, bien puesta, que habla con mucho retintín.

PATRO.—Agarrarse, que volcamos.

JESUSA.—(*Asustada.*) ¿Quién?

SERAFIN.—(*Aterrado, se separa.*) (¡La Patro!... ¡Arrea!)

PATRO.—(*Entrando un poco más.*) Santos y apretaos.

JESUSA.—¡La del marmolista!

PATRO.—Buen provechito, hijo.

SERAFIN.—(*Con cierta rabia.*) ¿Me has seguido, verdad?

PATRO.—¡A ver! Y decías que habías regañao con ella, ¿eh? Pa quien te crea, ladrón.

SERAFIN.—(*Siempre á distancia.*) Ya estás trotando de aquí.

PATRO.—Di tú que no me conviene á mí dar un escándalo. Eso te vale, que si no á esa niña la decía yo un colmo, y á ti te iba á partir el corazón, ó como se llame esa piltrafa que tendrás, so arrastrao.

SERAFIN.—Que te vayas.

PATRO.—¡Reirte de mí! ¡Bueno! Pero que te dejo al fresco sin esa ropita que llevas, que me ha costao mis sudores, y sin esas alhajitas de mi propiedaz; eso, hazte un nudo pa que no te se olvide.

SERAFIN.—Márchate, Patro.

PATRO.—Ya va, rico; ya me voy. Y yo me buscaré quien te pida lo mío, descuida. Esta es la segunda parte de la Consuelito, que estábais á matar: ¡A matar! Y esta mañana te estaba comprando en el estanco una cajetilla de *Muratis.* (*A Jesusa.*) Porque los fuma *egicios,* no se los vaya usté á comprar de ochenta, que le dan *faringlitis.*

SERAFIN.—Pero, ¿quiés irte?

PATRO.—Ya va, ya. Y que aproveche el pollo. Aunque va usté á tocar á poco, hija, porque eso está más repartío que un décimo é Navidad. Adiós, parienta.

JESUSA.—(*Con ira.*) No soy parienta de nadie.

PATRO.—Pa mí que sí. Somos dos primas, hija.

JESUSA.—Lo siento.

PATRO.—Y yo lo dejo en pie. Agarrarse, que me voy. Y lo dicho: agua pa los sustos. De verano. (*Vase precipitadamente por donde vino.*)

## ESCENA XI

JESUSA, SERAFIN, GUADALUPE y SILVINO

SERAFIN.—(*Tratando de sincerarse.*) Bueno, Jesusa, ya habrás visto que esa tía...

JESUSA.—(*Llorosa y con rabia.*) No te molestes, Serafín; aquella es la puerta.

SERAFIN.—Miá que es una mujer despechá.

JESUSA.—Aquella es la puerta. (*Se dirige á la puerta de Guadalupe.*)

SERAFIN.—Pero, ¿qué vas á hacer?

JESUSA.—Lo que me conviene. (*Llamando.*) ¡Guadalupe, llama á mi padre!

SILVINO.—(*Que asomado recatadamente á su puerta ha oído algo del diálogo anterior.*) Hombre, Serafín, que tenga un sujeto la cabeza á pájaros, bueno; pero á palomas torcuaces, ¡hombre!

GUADALUPE.—(*Idem.*) Hay que ver, hijo: ¡tirar por los suelos un cariño como el de esta criatura!

JESUSA.—Déjate; llama á mi padre.

SERAFIN.—Bueno, pero á mí lo que me da rabia es que no me se quiera oír ni me se quiera...

JESUSA.—¿Oir? ¿Y quieres que oiga más? Márchate, márchate; vete de aquí, golfo, granuja. ¡Maldita sea! ¿Por qué me tién que pisar á mí el corazón, por qué? (*Llorando.*) ¿Es que soy yo mala, señor Silvino?

SILVINO.—¡Qué vas á ser tú mala, mecachis hasta en!... (*Amenazando á Serafín.*) ¡No sé cómo no te doy!

SERAFIN.—¡Por Dios, señor Silvino, dígale usté...!

SILVINO.—¡Quite usté d'hay! ¿Qué quies que la diga: que te compre un reloj de pulsera?

SERAFIN.— Que no haga caso de una cosa como esa.

SILVINO.—¡Pues si no hiciera caso de una cosa como esa, era pa que la convidaran á algarrobas!

JESUSA.—Márchate, Serafín.

SERAFIN.—Pero, ¿qué vas á hacer?

JESUSA.—(*Pasa resueltamente y llama en su casa.*) A llamar á mi padre.

GUADALUPE.—Haces bien. Mira pa tu egoísmo, no seas burra.

JESUSA.—Vete.

SERAFIN.—No me voy.

JESUSA.—Haz lo que quieras. (*Llamando.*) ¡Padre! ¡Padre!

SILVINO.—Oye, tú, rediez.

JESUSA.—¡Padre!

LEONCIO.—(*Dentro.*) ¡Voy!... ¡Allá voy!

GUADALUPE.—(*A Serafín.*) ¡Por Dios, qué compromiso!

SILVINO.—¡Pronto, que sale! ¡Aquí! (*Le oculta detrás de la sábana. Guadalupe se oculta en el segundo patio.*)

## ESCENA XII

JESUSA, SILVINO, SERAFIN, LEONCIO, MARCIALA y PRIMITIVO

LEONCIO.—(*Saliendo.*) ¿Qué es? ¿Qué pasa, hija?

SILVINO.—(¡Qué le irá á decir!)

JESUSA.—(*Emocionada.*) Pues náa... que m'hablao aquí el señor Silvino, y quería decirle á usté las resultas de la conversación.

LEONCIO.—(*Anhelante.*) Tú dirás, hija. Pero sosiégate, que parece que estás...

JESUSA.—No es náa. Pues... que por lo que me han dicho, y por lo que he visto..., sé lo que me conviene, padre; lo he pensao bien, y ya he determinao.

LEONCIO.—¿Y qué has determinao, hija mía?

JESUSA.—Pues que cuando venga el señor Lucio le digan ustés que sí, que bueno, que me casaré con él.

LEONCIO.—¡Hija de mi alma! ¿Qué dices?... ¿Pero qué dices?

JESUSA.—(*Llorosa.*) Sí, padre, sí; lo que usté oye.

LEONCIO.—(*Pasando.*) ¡Ay, Silvino de mi vida! Pero, ¿qué le has dao á esta chica?

SILVINO.—Yo no le he dao náa.

LEONCIO.—¡Déjate que te abrace! ¡Deja que te bese! (*Lo abraza y lo besa.*)

SILVINO.—Hombre, no, caray; es ella que ha *reancionao espontaniamente.*

LEONCIO.—(*Volviendo á Jesusa.*) ¿Pero es de veras lo que has dicho, cielo mío?

JESUSA.—Sí, padre, sí.

LEONCIO.—(*Abrazándola emocionado.*) ¡Marciala! (*Llamando á voces.*) ¡Primi! ¡Marciala! ¡Salir!

MARCIALA.—(*Saliendo asustada.*) ¿Qué es?... ¿Qué pasa?

LEONCIO.—Abraza á este tesoro de hija, que no te lo mereces. (*A Primitivo.*) Abraza á tu hermana.

MARCIALA.—Pero, ¿por qué?

LEONCIO.—¡Que ya tenemos tablajería! ¡Que por fin *acede!* ¡Que se casa con el señor Lucio!

MARCIALA.—¿Pero es de veras eso, hija mía?

JESUSA.—Sí, madre; es de veras.

MARCIALA.—(*La abraza llorando.*) ¡Hija de mi vida! ¡Corazón de tu madre! ¡Por fin! ¡¡Por fin!! (*Primitivo la abraza también.*)

LEONCIO.—(*Por Silvino.*) ¡Este hombre l'ha traído al buen camino, éste! ¡Abrázalo! ¡Bésalo! (*La empuja hacia él.*)

MARCIALA.—¡Ay, Silvino! (*Lo abraza.*)

LEONCIO.—Tú también, hijo mío; bésalo. (*Pasa Primi.*)

SILVINO.—¡Rechufla! (*Esquivándose.*) ¡Que no, hombre!

PRIMITIVO.—(*Queriendo abrazarle.*) ¡Señor Silvino!

MARCIALA.—(*Abrazando á Jesusa.*) No sabes la alegría que me das, ni el bien que te haces á ti misma.

JESUSA.—(*Con dolor.*) Sí, señora, sí; lo sé.

MARCIALA.—Que ya lo sabe Dios que lo de menos es el dinero que pueda tener el señor Lucio.

LEONCIO.—Lo principal es quitarte de ese chulo indecente de Serafín, de ese ladrón.

MARCIALA.—De ese golfo asqueroso, que no quisiá yo más que echarle las uñas.

SILVINO.—(*Yendo hacia la sábana.*) ¡Mi madre!

LEONCIO.—Has estao ciega, hija mía, que eso es un canalla pregonao, que el día que yo le coja, le tiro una ventaja que lo llevan danzando pa la Casa de Socorro; ¡por éstas!

SILVINO.—Con permiso, yo voy á entrar la ropa, no sea que la ensuciemos. (*Coge á Serafín envuelto en la misma sábana, tras la que se oculta, y lo mete en su casa, volviendo él á salir.*)

MARCIALA.—De modo, hija mía, que podremos decirle al señor Lucio...

JESUSA.—Yo le diré lo que haga falta, madre. (*Entra en su casa.*)

MARCIALA.—¡Bendita seas!

LEONCIO.—¡Dios te bendiga!

## ESCENA XIII

MARCIALA, SILVINO, LEONCIO, PRIMITIVO y por el foro derecha al portalón, LUCIO y el "CARRACA", tipos apaletados; el primero bien vestido y alhajado; el segundo más modesto. Es patizambo.

LUCIO.—(*Desde el portal.*) ¡Señores!

MARCIALA.—(*Al verle.*) ¡Señor Lucio!

LEONCIO.—¡Digo! ¡Ni avisao, pero que ni avisao!

LUCIO.—Salú pa todos.

LEONCIO.—Adelante.
LUCIO.—Pasa, Carraca. (*Sale Silvino y queda en su misma puerta.*)
CARRACA.—Servidor.
LUCIO.—¿Llegamos a buena hora, por lo visto?
LEONCIO.—A la mejor de su vida, señor Lucio.
LUCIO.—¿Y eso?
LEONCIO.—(*Señalando a Silvino.*) Bese usté a ese hombre.
SILVINO.—¡Rediez!
LUCIO.—¿Dónde?
LEONCIO.—A elegir.
LUCIO.—Bésale tú, Carraca.
CARRACA.—Voy. (*Hace ademán de ir.*)
SILVINO.—¡Rechufla! (*Se mete en su casa y cierra.*)
LUCIO.—Pero, hablando en serio: ¿a qué es esta alegría? ¿A qué viene esto? ¿Es que hay güenas noticias?
MARCIALA.—Tóo arreglao, señor Lucio, pero tóo.
LUCIO.—¡Cómo!... ¿Es que la Jesusa...?
LEONCIO.—La chica está por usté. ¡Le quiere a usté! Nos lo ha dicho.
LUCIO.—(*Emocionado.*) Pero... ¿en serio? Pero... ¿es de veras eso?
MARCIALA.—Ahora entraremos ahí dentro y lo va usté a oir de su mismita boca.
LUCIO.—(*A Carraca.*) Pero, ¿tú no oyes esto?
CARRACA.—Güeno está.
LUCIO.—¿Qué te parece, Carraca?
CARRACA.—(*Con indiferencia cínica.*) Efertivo metálico.
LUCIO.—Pues sí que tengo mucha alegría, caray, la verdá. Quiero yo a la Jesusa; que sí, vaya. Y mucho que la quiero, sí, señor; que uno tiene su aquél pa vivir y se ha hecho uno lao en su negocio, pero me faltaba á mí así como la ilusión de una mujer; àmos, ese poco de cosa, esa miaja de náa, que es la vida, y esta chiquilla me traía a mí a mal traer.
LEONCIO.—Pues sí, señor; la chica le quiere a usté y se casará con usté. Nosotros estamos locos, pero locos de alegría, señor Lucio.
LUCIO.—(*A Carraca.*) ¿Oyes esto?
CARRACA.—Efertivo metálico.
MARCIALA.—Y luego que puede usté estar satisfecho de que es por su persona, porque a ella no la ciega el interés.
LEONCIO.—Ni a nosotros.
LUCIO.—Pues náa, á celebrar la cosa, que lo vale. Oye, Carraca.
CARRACA.—Manda.
LUCIO.—Hoy es día grande para mí.
CARRACA.—Güeno está.
LUCIO.—Arrea y tráete cuatro docenas de farolitos verbeneros pa adornar el patio.
LEONCIO.—No hace falta, que los tengo yo en casa.
LUCIO.—Entonces, arquílate un manubrio, cómprate cinco kilos de pastas *varías*, seis docenas de pasteles y encarga un pellejo de vino d'en *cá* Cipriano. Le dices que lo mande del blanco ajerezao, que es el que me gusta.
CARRACA.—(*Tendiendo la mano.*) Efertivo metálico.
LUCIO.—(*Sacando un billete de su cartera.*) Ahí van diez duros.
LEONCIO.—(*Mirando con codicia la cartera.*) ¡Vaya una de pápiros! ¡Qué tío más simpático! (*Lucio entrega el billete a Carraca, el cual saca una cartera algo estropeada, atada con muchas vueltas de cinta, que desenvuelve; guarda el billete en ella y vuelve a atarla, guardándosela luego.*)
LUCIO.—(*A Marciala.*) Y usté convida a los vecinos y a sus amistades, que tengo yo gusto en ello. A más, que sé yo que algunos bocones de este patio

s'han dejao decir de que si viejo, de que si paleto, y quiero que vean que pa tóos nacen las rositas frescas en estos *madriles*. Y va ser la *garata en metá* del patio.

MARCIALA.—Y diga usté que sí, que se van a enterar hasta los cortos de vista.

LEONCIO.—(*Cogiendo un dedo a Lucio. A Marciala.*) Oye: fíjate en este sortijón.

LUCIO.—(Indiferente.) Náa.

MARCIALA.—¡Qué hermosura!

LEONCIO.—¡Menuda juerga armamos! (*Abrazándole.*) ¡Pero qué simpatía la de este hombre!... ¡Qué templao!

MARCIALA.—Y ahora pa dentro, que va usté á oir á la chica.

LUCIO.—Amos allá, que eso es lo principal.

LEONCIO.—(*Abrazando á Lucio y entrando en casa seguido de Marciala y Primitivo.*) ¡Tenemos una alegría, señor Lucio! ¡Qué alegría tenemos! (*Mutis.*)

CARRACA.—(*Después de dirigirles una mirada despreciativa.*) Efertivo metálico. (*Vase precipitadamente foro derecha.*)

## ESCENA XIV

GUADALUPE del segundo patio. SERAFIN y SILVINO de casa de éste.

SERAFIN.—(*Sale desesperado.*) ¡Maldita sea! (*Ante la puerta de Jesusa.*) Yo te juro, por éstas, que me las pagas. (*Medio mutis foro.*)

SILVINO.—(*Deteniéndole.*) Pero, ¿dónde vas, loco?

SERAFIN.—¡Hacerme de menós a mí con un viejo! ¿De dónde?

GUADALUPE.—¿Y a ti que te importa?

SERAFIN.—Que me importe u que no me importe, se iban a reir de mí hasta las piedras. Y eso no; que se le quite de la cabeza.

SILVINO.—Pero si tú la haces cada *perrá*...

SERAFIN.—Yo la quiero.

GUADALUPE.—¡Mentira!

SERAFIN.—A mi manera, pero la quiero. Y no se casa con ese tío; es custión de amor propio. Esa es pa mí.

GUADALUPE.—Límpiate.

SERAFIN.—Lo veremos. Y la juerga de esta noche se la estropea un servidor.

SILVINO.—Te guardarás muy mucho.

SERAFIN.—Si no vengo ahora mismo con dos amigos y armo un broncazo, me pisa usté el corazón. Jurao. (*Vase precipitadamente foro derecha.*)

## ESCENA XV

SILVINO y GUADALUPE. Luego DOROTEA. Al final PRIMITIVO, cada uno de su casa.

GUADALUPE.—¡Y será capaz! ¡Y tóo por puntillo! Cuando la tenía pa él solo, ni verla; y ahora que se la disputan, se engalla. ¡Amos, pero está usté viendo qué asco de hombres!

SILVINO.—Guadalupe, que todos...

GUADALUPE.—Un asco, sí señor.

SILVINO.—Señora, compra usté una carga de pimientos y unos pican y otros no pican.

GUADALUPE.—Pero es que en cuestión de hombres, el que no pica escuece.

SILVINO.—También los hay dulces y pa comer crudos. Servidor, sin ir más lejos, si usté me quisiá honrar con un bocao, vería usté que soy como comerse un coco... (yema de.)

GUADALUPE.—Usté es peor que todos.

SILVINO.—¿Yo?

GUADALUPE.—A ese le ha dao por las mujeres y á usté por el vino: ¿qué más da?

SILVINO.—¿Yo vino? Amos, ¿quié usté jugarse esa patilla anzuelina contra un puro de á quince escogido á que si usté me quiere no vuelvo á oler el *arcol* en lo que me resta de permanencia mundial?

GUADALUPE.—¿A que sí?

SILVINO.—¿A que no?

GUADALUPE.—Un trato.

SILVINO.—Venga.

GUADALUPE.—El último farol de su carrera de usté está frente por frente del obrador donde yo plancho.

SILVINO.—Clavao.

GUADALUPE.—Bueno, pues si quié usté que volvamos juntos esta noche, como yo sé que cuando está usté á medios pelos no pué pronunciar las erres, pa que yo vea que está usté limpio y salga, tié usté que arrimarse á la puerta y decirme de corrido esta copla:

La istitutriz mistres Tros—trepó dando tres traspiés
al tranvía treinta y dos—en lugar del treinta y tres.

SILVINO.—¡Rediez! ¡Oiga usté, que eso no lo dice bien ni un gramófono!

GUADALUPE.—Pues si no no salgo.

SILVINO.—La istitutriz tris, tros, trus... Bueno; eso es pedirme que desenrede una madeja con la lengua.

GUADALUPE.—Si prefiere usté me silba un cuplé, que también sé que bebido no puede usté silbar.

SILVINO.—¡Maldita sea! ¡Pero qué mala intención!

GUADALUPE.—Usté verá, si no no hay rosquillas. Hasta luego, farolero. (*Inicia el mutis á la calle.*)

SILVINO.—(*Siguiéndola hasta la fuente.*) Dos farolitos me faltan á mí por encender en esta barriada.

GUADALUPE.—¿Cuálos?

SILVINO.—Los farolitos negros de esa cara rechulona.

GUADALUPE.—¿De veras?

SILVINO.—El día que yo los vea encendidos, pero encendidos por mí es el día que yo voy á cantar, (*Cantando.*)

"Soy el farolero— de la Puerta el Sol,
cojo la escalera—y enciendo el farol."

GUADALUPE.—Vaya usté de ahí, so golfo. (*Vase riendo foro derecha.*)

SILVINO.—(*Queda al lado del portalón y de espaldas á su casa cantando con alegría.*)

"Dos y dos, son cuatro—cuatro y dos, son seis..."

DOROTEA.—(*Que un momento antes ha salido de su casa con dos ó tres platos y un paño, al ver la escena se pone furiosa y dejando lo que saca en el suelo, agarra á su padre por la blusa y canta en el mismo tono.*)

"Y con esa chula—no se casa usté."

(*Mete en la casa á Silvino á empellones echando luego la llave por fuera.*)

SILVINO.—(*Protestando.*) ¡Pero, Doro!... ¡Pero, chica!... ¡Oye! ¡Pero escucha!...

DOROTEA.—Adentro. Ahí encerrao. ¡Maldita sea! ¡Queno le puedo dejar solo un momento, hombre! ¡Y emperrao con esa mujer! Y que no sirven consejos ni sirve ná, que á mí me mata este padre. ¡Sacrificarme por él y que me lo pague de esta forma! ¿No es pa esgarrarse á llorar lo que á mí me pasa, hombre? ¡Granuja, golfo! (*Llorando se pone á fregar los platos en la fuente.*)

PRIMITIVO.—(*Saliendo.*) Pero, ¿qué l'ocurre á usté, Doro?

DOROTEA.—¿Que quié usté que m'ocurra, hombre? Este padre que m'ha salío un golfo; que no sirve la educación que le doy, ni los ejemplos que está viendo en una, ni sirve ná.

PRIMITIVO.—(*Yendo á su lado y sentándose como ella en el suelo mientras friega y seca los platos.*) ¡Sí que le está á usté dando una vidita!...

DOROTEA.—¡Qué sabe nadie lo que yo paso! ¡Si como eso no lo hay! Los sábados para cogerle una peseta le tengo que poner una trampa en el bolsillo. Luego me agarra cá violina, que yo ya no sé qué hacer pa que no beba. Ayer, sin ir más lejos, pa ver si le asustaba, le pinté en la botella del aguardiente una calavera con dos huesos y puse encima: Veneno.

PRIMITIVO.—¿Y qué hizo?

DOROTEA.—Pues que puso él debajo R. I. P. y se lo bebió de un trago.

PRIMITIVO.—¡Qué me va usted á decir, si anoche me lo encontré yo en la calle de los Tres Peces con una merluza tremenda!

DOROTEA.—Entonces *cuatro peces..*

PRIMITIVO.—Yo, al verlo que se tambaliaba de un lao á otro, fuí y le dije: ¿Que le pasa á usté, señor Silvino?—Y me dijo: Que no sé qué acera me gusta más y titubeo; no t'alarmes.

DOROTEA.—¡Un horror, hijo! (*Terminada su faena, avanzan al proscenio.*) Pues en otra clase de custiones no digamos. La semana pasá, si no saco la cara por él, le rompe las narices el señor Pepe el frutero.

PRIMITIVO.—¿Pues qué pasó?

DOROTEA.—No lo sé de seguro, pero cuando yo allegué el señor Pepe estaba hecho una fiera y gritando: Eso de gordas y dulces no se lo vuelve usté á decir á mi señora.—Y decía mi padre: Pues que no venda naranjas.—Amos, no tié usté idea del broncazo. Le tuve que acompañar dos noches á encender los faroles pa que no me le pegasen.

PRIMITIVO.—¿Y por qué no le mete usté en un correccional?

DOROTEA.—Pero, ¿usté cree que habrá correccionales pa padres?

PRIMITIVO.—Yo me enteraré, pero debía de haberlos. Y, últimamente, Doro: el día que usté se canse de sufrir me manda usté un recao.

DOROTEA.—¿Pa qué?

PRIMITIVO.—Pa poner á la disposición de usté tóo lo que poseo.

DOROTEA.—Pero, ¿usté qué es?

PRIMITIVO.—Pajarero; por hoy no digo más. (*Mutis á su casa.*)

DOROTEA.—Es simpático este chico. Pero es tan flaco! Porque, ¿qué hago yo con un cuarto kilo bacalao pa too la vida? (*Entra en su cásá.*)

## ESCENA XVI

JESUSA y el SEÑOR LUCIO

Sale Jesusa con un cántaro y lo coloca en la fuente. Detrás aparece el señor Lucio, que queda parado á pocos pasos de la puerta.

LUCIO.—Mira, Jesusa; he salido detrás de ti, porque mientras llenas el cántaro quiero yo mayormente que hablemos á solas.

JESUSA.—(*Acercándose.*) Usté dirá, señor Lucio.

LUCIO.—Que tú me gustas, lo sabes ya de tiempo atrás. Yo me venía callando, porque veía mayormente que el corazón no te tiraba pa mí, la verdad; pero m'arregosté a lo que m'arregosté, porque... amos... porque veía que no tenías güen pago, y hoy me dicen tus padres que accedes a casarte conmigo y tú no lo niegas. ¿Quiés de decirme qué mudanza ha sío ésta?

JESUSA.—¡Qué sé yo! Que las mujeres vemos las cosas y cambiamos. A más de que yo siempre le he apreciao a usté, señor Lucio.

LUCIO.—Güeno, Jesusa; pero pa lo de hoy no basta el aprecio; son tratos mu serios. Yo quió casarme contigo y hay que poner las cosas a su verdá, que yo vengo con un sentir honrao y pamplinas ni ridículos no quiero.

JESUSA.—Ni una servidora.

LUCIO.—Y máxime—y fíjate en esto—que me se hiciese a mí de menos con un chulito de estos de Madrid; que eso no estaría ni medio bien pa un hombre de mi carácter.

JESUSA.—Ni yo tampoco le había a usté de poner en una cosa semejante; que honrada, vamos, está feo que una lo diga, pero yo con la palabra que le dé a un hombre, cuando se la dé, con esa me muero.

LUCIO.—Basta. Pos a eso te digo yo, Jesusa, que si sigues en las mismas como m'han dicho tus padres, el mundo va a ser poco pa nosotros y tendrás lo que quieras.

JESUSA.—Sé que usté es bueno.

LUCIO.—Y ande otra mujer haga raya de lujo y fantesía, tú más alto, porque lo tengo yo pa ti. Y no te digo el querer loco de un joven, porque eso ya no pué ser, pero el corazón y el apoyo de un hombre de bien, eso lo tendrás conmigo hasta ande vivamos en este mundo.

JESUSA.—Gracias, señor Lucio.

LUCIO.—Gracias las de tu persona. ¿Estás contenta?

JESUSA.—Sí, señor.

LUCIO.—Pues... dame esa rosita que llevas ahí.

JESUSA.—¿Esta?... Esta no, deje usté; le daré otra mejor que tengo en un vaso.

LUCIO.—Como quieras, reina. (*Vase satisfecho a la casa.*)

## ESCENA XVII

JESUSA

(*Música en la orquesta. Se escucha el motivo del schotis "Serafín el Pinturero", pianísimo para que no interrumpa el diálogo.*) ¡No!... ¡Esta rosa no! Esta es como mi querer; está llena de espinas que se clavan, pero no se quiá ir de junto a mi pecho. ¡Qué voy a hacer, Dios mío, qué voy a hacer! Porque Serafín no me quiere, ya lo he visto; ¿pero qué culpa tiene este hombre pa que yo le engañe? No, yo no hago eso; no sería honrao. ¿Tengo penas? Pues me muero con ellas, pero no engaño a nadie. ¿Tengo un mal querer metío en el corazón? Pues a sufrirlo hasta que me muera. Ná más. Eso es lo que manda Dios. Después de tó es por mi gusto. Sí, yo me voy de mi casa; me voy pa siempre. Yo no entro más ahí. Me marcho a correr mí suerte. Voy a buscar a la Guadalupe. Ya veremos qué es de mí. (*Mutis foro derecha. Acaba la orquesta.*)

## ESCENA XVIII

DOROTEA y SILVINO dentro de la casa. Va anocheciendo lentamente.

DOROTEA.—(*Sale de su casa con una botella y un capacito pequeño. Cierra con llave al salir, dejando la llave puesta.*) Ahí quietecito hasta que yo vuelva, que voy por aceite.

SILVINO.—(*Asomándose a la ventana que tiene reja.*) Pero oye, rica; ábreme por lo que más quieras, que es la hora de encender.

DOROTEA.—No; que si le dejo a usté me se va con la primera que pase.

SILVINO.—Pero, mujer, no comprendes...

DOROTEA.—Eso es lo que trae ser un padre calaverota. ¡Mía que un hombre tan feo y no poderlo dejar suelto. (*Vase foro izquierda.*)

SILVINO.—¡Amos, Doro, abre! ¡Pero, Doro, no te vayas! (*Gritando.*) ¡Doroo! Sí, Sí. ¡Maldita sea! (*Se retira.*) ..

## ESCENA XIX

LEONCIO, PRIMITIVO, CARRACA, MARCIALA y LUCIO

LEONCIO.—(*Sale de su casa con una ristra de farolitos de colores. Primitivo le sigue con una escalera de mano.*) Bueno, hijo, ayúdame a poner los faroles.

PRIMITIVO.—Los pondremos igualito que la noche de la verbena, ¿quié usté?

LEONCIO.—Mejor será. Arrímate la escalera que aquí está el clavo. (*Se sube y coloca dos hileras que, partiendo del esquinazo de la fuente, una va a parar a casa de Silvino y otra a su casa. Los faroles apagados.*)

CARRACA.—(*Entra foro derecha con dos paquetes enormes. Le siguen un chico con una bota de vino de regular tamaño y otros dos con un piano de manubrio que colocan e segundo término derecha.*) Ya ha llegao el ordinario.

LEONCIO.—Alante con tóo, Carraca.

CARRACA.—Traigo *musiquería, dulcería, vinatería* y demás.

LEONCIO.—Muy bien. Llama que salgan, Primi.

PRIMITIVO.—(*Acercándose a su casa.*) ¡Madre!... ¡Señor Lucio! Que ya está aquí todo.

CARRACA.—(*A Leoncio.*) ¿Quiés un mostachón, pajarero?

LEONCIO.—Gracias, hombre.

MARCIALA.—(*Saliendo con una mesa estrecha y larga; a su marido, por el señor Lucio.*) ¡Miá quien me ayuda a sacar la mesa!

LUCIO.—Y con mil amores.

LEONCIO.—¡Hombre, haberme avisao y hubiera ido yo!

LUCIO—.Qué más da. (*Colocan la mesa entre primero y segundo término derecha, paralela al lateral, y van poniendo en ella pastas, pasteles, vasos y algunos platos y cuchillos.*)

PRIMITIVO.—¿Le doy dos vueltas al manubrio pa que vayan saliendo los vecinos?

LUCIO.—Duro, que es tarde. (*Primitivo empieza a tocar.*)

MARCIALA.—(*Mientras acaba de arreglar la mesa.*) Y a tóo esto, ¿dónde está la Jesusa?

LUCIO.—Aquí la dejé yo llenando.

LEONCIO.—(*Por la fuente.*) Y ahí tié el cántaro entavía.

MARCIALA.—S'habrá ido al otro patio a avisar a la Encarna y a la Estefana, que son sus amigotas.

LEONCIO.—De seguro. Llámala.

MARCIALA.—(*Yéndose por fondo izquierda al otro patio.*) ¡Jesusa! (*Gritando.*) ¡Jesusa!

## ESCENA XX

DICHOS, ANTOLIN, NICOMEDES, BAUTISTA, SEÑA BLASA, VECINAS 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª, VECINOS 1.º y 2.º, VECINOS y VECINAS (coro general). Van saliendo de sus casas y el resto por distintos sitios, incluso de la calle. Luego SILVINO. Al final, MARCIALA

BAUTISTA.—¿Qué pasa aquí?

ANTOLIN.—¿Hay *abretura* de algo?

NICOMEDES.—¿Pero ahora salimos con una garata?
LEONCIO.—Y náa más; las cosas cambean, Nicomedes.
VECINA 1.ª.—Pero, ¿a qué viene esto?
LUCIO.—Pues viene, sencillamente, porque tengo el gusto de osequiar a los vecinos con una pastita y un trago y decirles, pa su satisfación, que el mes que viene habrá boda y también se convidará, más en grande.
ANTOLIN.—¿Boda?
BAUTISTA.—¿Arrea!
LEONCIO.—De mi Jesusa con aquí; náa más.
NICOMEDES.—¿Atiza! ¿De modo que por fin?...
LEONCIO.—¡Por fin! Tomar lo que querais.
ANTOLIN.—Hombre, pues que sea enhoragüena, señor Lucio.
LUCIO.—Gracias, Antolín.
VECINA 2.ª.—¡Amos, que se lleva usté la mejor mocita de tóo el barrio!
LUCIO.—Sé lo que me llevo y pa que tóos lo sepan es este guatque; conque comer y beber, que si se acaba, hay pa más.
VECINA 1.ª.—¡Viva el rumbo!
BAUTISTA.—Sí que vale un trago la cosa. (*Beben. Cesa el piano.*)
SILVINO.—(*Asomándose.*) ¿Hay vino?
ANTOLIN.—Sí.
SILVINO.—Hombre, hacer el favor de abrirme, que tengo sed.(*Risas, le abren y corriendo va hacia la mesa y bebe.*)
VECINO 1.º.—Tú, Primi: tócate un *fos-trote.* ¿Queréis que lo bailemos, *nínchas*?
VECINA 3.ª.—Hale ya.
ANTOLIN.—Amos a bailarlo a lo pollo líquido.
VECINO 1.º.—Organizarse en parejas.
ANTOLIN.—Gira el manubrio, Primi. (*Se forman parejas y bailan.*)

**Música.**

LOS QUE BAILAN
El baile del *fox-trote,*—es así, como una danza
que á nuestros *chólis* clásico,—le tié gran semejanza.
TODOS Pues duro y al *fox-trote, trote-trote,* bien *marcao.*
LOS QUE BAILAN
Y dispensar si es que nos sale—un poquitín achulao
(*Bailan hasta el final.*)
TODOS Se ve que sudan betún.—Mejor están en *Verdún.*
Parecen monos— del pim-pam-pum.
¡Ay, que dulce balanceo—le van dando al bailoteo!
Pon más cuidao—que eso va muy pegao.
¡Miau!—¡Bien van!—Ya está!
LOS QUE BAILAN
El movimiento rotativo,—es mucho más festivo—y más *salao..*
TODOS ¡Ya l'ha *dao!*
ELLAS Bailais el *fox-trote* mejor que *Merlín.*
ELLOS Le dáis una salsa—que no tiene fin.
TODOS *Sus* veo en el *Palas*—haciendo furor—porque lo *bailais,*
y lo *perfilais* y *cuasi bordais muchismo* mejor.

**Hablado.**

TODOS.—¡Muy bien, Muy bien!
VECINA PRIMERA.—Y a tóo esto, ¿ande está la agraciada?
LEONCIO.—Habrá ido á avisar á alguna amiga.
MARCIALA.—(*Que vuelve á salir.*) ¡Ay, Leoncio!
LEONCIO.—¿Qué pasa?

LUCIO.—¿Qué ocurre?
MARCIALA.—Ese demonio de chica, que no la encuentro ni viva ni muerta.
LEONCIO.—Llámala, mujer.
MARCIALA.—¡Pero si me estoy esgarrando y no contesta! (*Volviendo á llamar.*) ¡Jesusa! ¡¡Jesusa!!

## ESCENA FINAL

**DICHOS y la DOROTEA, de la calle.**

**Música**

DOROTEA.—(*Entra jadeante, acongojada, con una cesta, un capzo de carbón y una botella.*)
¡Señor Leoncio! ¡Señá Marciala
¡Yo vengo muerta!—¡Yo estoy muy mala!
LEONCIO.—Pero, ¿qué ocurre?
MARCIALA.—¿Qué t'ha pasao?
DOROTEA.—Pues la Jesusa—que s'ha escapao.
LUCIO.—Pero, ¿qué dices?
MARCIALA.—¡Tú lo has soñao!
DOROTEA.—¡Ay, no, señora,—que s'ha escapao!
TODOS.—(*Rodeándola.*) ¿Qué s'ha escapao?
DOROTEA.—Que s'ha escapao.
LUCIO.—Pero, habla, explícate,—cuenta, mujer.
LEONCIO.—Dínoslo todo,— si es que pué ser.
DOROTEA.—Me iba yo de casa—con la señá Blasa
a comprar la cena—pa la Nicolasa,
cuando voy y siento—tirar de mi blusa;
me vuelvo al momento— y era la Jesusa.
¿Qué tienes,la digo—al verla llorando.
Me dice temblando:—"Sígueme." La sigo,
y al rato de ir juntas,—ella muy callada,
y yo mareada—de hacerla preguntas,
entra en el estanco—del señór Antero,
pide papel blanco,—y pluma, y tintero,
escribe, me entrega—doblado este papel,
y luego me ruega—que venga con él. (*Mostrándolo.*)
LEONCIO.—Venga. (*Se lo quita á Dorotea.*)
LUCIO.—(*Idem á Leoncio.*) Traiga.
MARCIALA.—(*Idem á Lucio.*) Deme.
LUCIO.—(*Idem á Marciala.*) A ver.
LEONCIO.—(*Idem á Lucio.*) ¡Que yo vea!...
MARCIALA.—¿Qué dirá esta hija?
LEONCIO.—Deja que lo lea. (*Leyendo.*)
"Queridos padres: perdón espero—por el disgusto que voy á darles.
Al señor Lucio, yo no le quiero;—no tengo cara para engañarles.
Me voy de casa, desesperada.—Sé que mi falta no tiene excusa.
Corro mi suerte tan desgraciada.—Perdón pa su hija, que lo es *Jesusa.*
MARCIALA.—Ha sío el canalla—del "Pinturero".
LEONCIO.—Venga una estaca.
LUCIO.—Venga una faca.
CARRACA.—Te han hecho burla.
MARCIALA.—¡Chulo faldero!
LUCIO.—Con su piel me hago—yo una petaca.
SILVINO.—¡Calma, señores!
LEONCIO.—¡Ay, farolero! (*Le abraza.*)

**Sigue música en la orquesta**

LUCIO.—¡Maldita sea! ¡No, esto no lo aguanta el hijo de mi madre!

CARRACA.—¡Lucio, que t'han hollao el pundonor!

MARCIALA.—¡Esa perra!... ¡Esa mala hija!

LEONCIO.—Tráeme la estaca y vamos á buscarla, que la quito el brillo; por éstas. (*Entra Marciala en su casa y Silvino en la suya, volviendo á salir con el palo de encender faroles encendido. Sistema moderno.*)

LUCIO.—¡Maldita sea! Y yo mato á uno. (*Cogiendo la estaca.*) Y fuera farolitos y fuera tóo, que no soy yo baraja pa que se juegue con mi persona.

CARRACA.—Y que han querido hacer contigo las diez de últimas.

(*A palos y patadas lo echan todo á rodar. Dorotea y Primitivo recogen ávidamente pasteles y pastas del suelo, y se los comen con voracidad. Los vecinos de ambos sexos van retirándose, formando grupos en el fondo, atemorizados.*)

SILVINO.—(*Aprieta la pera de la vara de encender y le salen llamaradas por el farolillo.*) ¡Por Dios, no se pongan ustés así!

PRIMITIVO.—(*Sin parar de coger pasteles y comérselos.*) ¡Ay que disgustos madre mía!

SILVINO.—¡Calmarse! (*Todos gritan.*)

DOROTEA.—(*Tirando á su padre de la blusa.*) ¡Padre, por Dios; usté no se meta en náa, que le salen llamaradas.

SILVINO.—Déjame, que es que me he puesto nervioso y me s'inflama la gasolina.

MARCIALA.—(*Saliendo con un mantón de crespón y entregando á Leoncio gorra y cayada.*) ¡Vamos á buscar á esa ladrona! ¡Vamos, que me la como!

LEONCIO.—¡Ay, como yo encuentre á ese chulo!...¡lo torpedeo! (*Vanse foro.*)

LUCIO.—Señores: he sío burlao; pero con sangre me las pagan: ¡por éstas! Amos, Carraca.

CARRACA.—La primerita vez que ha fallao el efertivo. (*Vanse foro.*)

PRIMITIVO.—¡Ay, qué disgusto, Doro! (*Come.*)

DOROTEA.—Deje usté, no llore.

PRIMITIVO.—(*Con la boca llena.*) ¡Si es que no puedo más, no puedo más!

DOROTEA.—Ya me lo figuro. ¡Hasta en la barbilla tié usté chantilly! ¡Ay, padre; quién iba á decir que una chica como la Jesusa!... (*Busca entre los pasteles.*)

SILVINO.—(*Al lado de la mesa, bebiendo un vaso de vino.*) ¡Qué quieres, hija!

DOROTEA.—Uno de clema.

SILVINO.—Si digo, que qué vamos á hacer; el mundo es así. (*Bebe.*)

NICOMEDES.—¡Y usté, siempre mirando pa arriba!

SILVINO.—¡Pa lo que hay que ver aquí abajo!... (*Vuelve á beber. Fuerte en la orquesta. Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

## CUADRO PRIMERO

Calle de los barrios bajos, con árboles, algo así como el paseo de las Acacias. En el centro de la escena un farol corpóreo que ha de encenderse, y a su derecha un banco de paseo con asiento á ambos lados practicables. En la izquierda, haciendo un poco de rinconada, una casa que ocupa dos términos, en cuya planta baja se verá un obrador de plancha. En segundo término puerta vidriera practicable, cerrada. En primero, ventana. Dentro, luz. Está anocheciendo. Es la hora de encender los faroles.

### ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, las Planchadoras, dentro del obrador, cantan y trabajan. JESUSA viene por la primera derecha. Llega á la puerta del taller y se detiene indecisa y nerviosa. Luego GUADALUPE

JESUSA.—¡Ay, Virgen!... ¡Tengo una angustia que m'ahogo! Como ya se va haciendo noche, me da miedo de ir rodando sola de calle en calle, sin saber ande meterme. Y luego, en mi casa, ya habrán notao mi falta y me andarán buscando. ¡No quiero pensar en la paliza si me encuentran! ¡Yo voy á llamar á la Guadalupe y á decirla lo que he hecho! (*Abre la puerta del obrador.*) Guadalupe: sal un momento.

GUADALUPE.—(*Dentro.*) ¡Chica, tú!... Pasa, mujer!

JESUSA.—No; sal, haz el favor.

GUADALUPE.—(*Saliendo.*) ¿Tú otra vez?

JESUSA.—Que me he ido de mi casa sin decir náa.

GUADALUPE.—¿Pero cómo?

JESUSA.—Que me he escapao, vaya.

GUADALUPE.—¡Virgen!

JESUSA.—Lo que oyes.

GUADALUPE.—¡Pero hija! Pero por Dios, pero ¿qué has hecho?

JESUSA.—¡Qué sé yo!

GUADALUPE.—Tú estás mochales, niña.

JESUSA.—Yo no sé lo que estoy, Guadalupe, pero yo quiero á Serafín. ni que se porte como se porte, le quiero; no lo puedo remediar. Y como ciega por lo de la señá Patro, he dicho á mis padres que sí en lo del señor Lucio; luego, cuando me he visto cerca de ese hombre y me ha hablao, me ha dao vergüenza de mí misma... y... amos, que no; que no tengo yo palabras pa engañar, ni mala sangre pa meter á nadie en mis locurs. ¡Y figúrate la paliza si entro en mi casa y me desdigo! Y, asustada, me he quitao de enmedio. Eso ha sido.

GUADALUPE.—¿Y qué vas á hacer, criatura?

JESUSA.—Dile á tu maestra si me quié tener hasta que yo vea...

GUADALUPE.—Mujer, es que hay que mirar...

JESUSA.—¡Yo soy mayor de edad!

GUADALUPE.—Bueno; se lo diremos. ¿Y no has ido á buscar á Serafín?

JESUSA.—He pasao por el Bar, y estaba allí con otros amigos y dos ó tres mujeres de mala pinta.

GUADALUPE.—¡Qué golfo de hombre!

JESUSA.—¡Y no he querío decirle náa!

GUADALUPE.—Pues hay que avisarle.

JESUSA.—Déjalo; ¿pa qué?

GUADALUPE.—¿Cómo que pa qué? ¡Amos, mujer; paeces prima! ¿Te vas de con tus padres por causa suya, y dices que pa qué? Pues pa que sepa lo que has hecho, y que vea él lo que hace. A mí me ha dicho que te quiere á su manera. ¡Pues á ver qué manera es esa!

JESUSA.—(*Llorando.*) Chica, yo siento...

GUADALUPE.—Bueno, bueno; déjate de llorar ahora.

JESUSA.—Perdona, Guadalupe.

GUADALUPE.—No te apures, tonta; ya abrirá Dios puertas de claridá. Y hala pa dentro. Yo me pongo el mantón y voy á buscar á Serafín. (*Mirando hacia la derecha.*) Y si no... calla... por allí viene encendiendo el señor Silvino; como este es el último farol, le mandaremos á él.

JESUSA.—Como quieras.

GUADALUPE.—(*Fijándose.*) Digo, ¡le mandaremos á él. Le mandaremos si pué ir, porque viene de una forma, que me parece que trae una merluza fresquita; recién cogida. ¡Maldita sea! ¡Y decía que no lo iba á catar! ¡Qué tíos de hombres! Hija, te digo... En fin, pasa. (*Entra Jesusa.*) ¡Hay que ver los *traspieses!* (*Entra y cierra.*)

## ESCENA II

SEÑOR SILVINO. Después un CHICO. Al final un CURA

SILVINO.—(*Por la primera derecha, con la vara encendida. Trata inútilmente de disimular una borrachera muy decentita.*) *La estristrustriz mis tras truz* ¡Ay, que no lo digo! *La trus, trus, troz...* ¡Me se hacen hebras! ¡Maldita sea! Y tóo ha sío la última copa de Chinchón que m'han dao en esa taberna que se titula *El chaflán. La tros, tros, tris, tris, trus, traz...* ¡Ay, que no me sale! ¡Bueno, es que soy muy desgraciao! Tengo una carrerita de pronóstico. No hay farol que no caiga delante de una taberna; y, ¡claro!, simpatías que tié uno, afición que no falta, *mananimidaz* y *longanizanimidaz* en los dueños, pues, chico allí, chico en el otro lao, cuando llego á estas alturas vengo de chicos, que traigo el estómago que es una escuela de párvulos, y no sé ni lo que me enciendo. ¡Me se tuerce hasta la vara! Pero este farolito es mi pesadilla. Encender este farolito me cuesta á mí más trabajo que juntar dos duros. Si le atinara de primeras por un casual.. Voy á ver. (*Apunta.*) A una, á dos, á tres. (*Va á encenderlo vara en ristre y se desvía.*) ¡Me ha fallao por un pelo! ¡Pero por un pelo de esos del anuncio del *Petrólio Gal.* A ver des aquí. ¡Duro! (*Tampoco atina.*) ¡Qué lástima! ¡Lo he pasao rorando! Nada, que no atino. Estos últimos farolitos los debía yo encender con falsilla. ¡Qué haría yo, Dios mío! Calla, ya sé; me apalanco al farol, sujeto la vará y lá subo poquito á poquito.— (*Va haciendo todo lo que dice.*) ¡Ay, que sí!...¡Anda, que es tuyo, Silvino! ¡Arriba! ¡Arza! (*Al fin lo enciende.*) ¡Ole! (*Adoptando artística postura.*) Encendido por puntería particular. ¡Ele! (*Se sienta en el banco se limpia el sudor y apaga el farolillo de la varo.*) ¡Pero me ha costáo lo mío, rediez! ¡Bueno, esto es un mala vergüenza, vaya! Yo no vuelvo á beber en toda mi vida. Aquí tengo un casco. (*Se levanta la blusa y saca una botella del bolsillo.*) Lo voy á tirar, hale; no quiero más cascos que los míos. (*Lo va á tirar y se detiene.*) ¡Aguarda, Silvino, que esto suena! (*Zarandea la botella.*) ¡Aquí queda una meaja! (*La mira al trasluz.*) Dos dedos cúbicos. Bueno, yo no tiro esto, no vaya á ensuciar la calle y me pongan multa. Haré el último sacrificio. (*Bebe y se relme.*) ¡Pero qué raro es esto de la bebida, hombre! Cuidao que pa que no me se note que bebo, he hecho cosas con el vino. ¡Pues como si no! En fin, ha habido una temporada que pa que no me notasen que estaba alegre, de que bebía empezaba á sollozar. Bueno, pues en cuanto mé encontraba á un amigo y me echaba en sus brazos llorando, me decía: "Tú

te has alegrao",—y no había forma. A más, tengo la desgracia de que á mí, cad vino, me da por una cosa. Bebo tintillo de *Rueda,* y tóo me da vueltas, pruebo *Jerez Misa,* y á la segunda copa ya me estoy persignando; cato *Tres Palos Cortaos,* y me lío á estacazos con mi sombra. En fin, un día me dieron una copa de *Champagne* de la *Viuda,* y quise ir á darla el pésame, conque no digo más. Bueno, y lo del frolito lo he salvao; pero ¿cómo quedo yo con la Guadalupe, que es el bello ideal de mi esistencia? Porque, que yo no digo lo de la *estritrutiz,* eso *descontrao.* No me queda más recurso que silbar. (*Se levanta, prueba y no puede.*) ¡Ay, que no! (*Vuelve.*) ¡Ay, que tampoco puedo! Si pasase alguno que supiese silbar, silbaba y me salvaba. (*Mirando segunda derecha.*) ¡Calle, un chico; voy á ver! (*Llama.*) Oye, galán; haz el favor.

CHICO.—(*Acercándose.*) ¿Qué quiere usté?

SILVINO.—¿Tú sabes silbar, rico?

CHICO.—Yo, no, señor.

SILVINO.—¿No sabes silbar pa adentro?

CHICO.—No, señor.

SILVINO.—¿Ni pa fuera?

CHICO.—No, señor.

SILVINO.—¡Qué raro! ¿Pues tú qué eres?

CHICO.—Soy de la *clá* de Barbieri.

SILVINO.—Hombre, haberlo dicho. Claro, un chico de la clá, ¿cómo va á saber silbar? Pues te hubiese dao treinta céntimos, no creas. (*El chico, después de "achagarle", hace mutis por la izquierda.*) Aguarda, Silvino; por allí viene... No, pero es un sacerdote, ¿y cómo le digo yo á un cleguiro?... Ahora que paece muy güena persona, y como no pasa nadie, quizás que el hombre... (*Sale un cura por primera derecha.*) Padre: usté disimule.

CURA.—(*Deteniéndose.*) Diga, hijo.

SILVINO.—(*Le besa la mano, y, después, con la manga de la blusa, se limpia.*) Yo deseaba una cosa, pero no me atrevo porque...

CURA.—Diga, hijo mío; diga lo que quiera.

SILVINO.—(*Afligido.*) Estoy en un apuro muy grande, padre.

CURA.—¿Qué le pasa?

SILVINO.—Usté, por un casual de esos raros de la vida, ¿sabría silbar, padre?

CURA.—(*Mirándole con gran extrañeza.*) ¿Silbar yo? ¿Dice usted que silbar?

SILVINO.—Sí, padre; silbar.

CURA.—Silbar, no; pero tome usted, hijo mío, tome usted. (*Le da una moneda.*)

SILVINO.—(*Mirándola.*) ¡Diez céntimos! ¿Pa un pito?

CURA.—Para amoniaco. Muy buenas. (*Saluda y hace mutis por la izquierda.*)

SILVINO.—¡M'ha cepillao!

## ESCENA III

### SILVINO y GUADALUPE

GUADALUPE.—(*Saliendo y quedando en la misma puerta.*) ¡Muy bonito!

SILVINO.—(¡Arrea!) (*Muy de prisa.*) *La tristris, tristris, tristros al tranvía treinta y dos...*

GUADALUPE.—No se moleste usté, que se le van las agallas.

SILVINO.—¿A quién?

GUADALUPE.—A la *merluza.*

SILVINO.—¡Pues antes me ha salido como una seda!

GUADALUPE.—Los he visto golfos, pero como usté...

SILVINO.—Por Dios, Guadalupita, no se enfade usté.

GUADALUPE.—Pos qué quiere usté, ¿que encima le baile el agua?

SILVINO.—¡Agua, no! No siendo el agua, báileme usté lo que quiera. Pero que *coste* que borracho no estoy.

GUADALUPE.—Bueno, ya hablaremos de eso; ahora vamos á lo importante.

SILVINO.—No siendo deprisa, vamos donde á usté le dé la gana.

GUADALUPE.—¿Está usté pa hacerme un favor?

SILVINO.—De cabeza. (*Coge la vara.*)

GUADALUPE.—Sabrá usté que la Jesusa se ha escapao de su casa.

SILVINO.—Lo he sabido cuando salía á encender. ¡Menudo trago me han dao!

GUADALUPE.—Bueno; pues está aquí.

SILVINO.—¿Aquí?

GUADALUPE.—En casa mi maestra. Y hace falta que vaya usté á buscar á Serafín y que lo traiga á escape, que hay que tratar lo que hacemos con esa chica.

SILVINO.—¿Y dónde lo encontraré?

GUADALUPE—.En el Bar; donde siempre.

SILVINO.—Voy en un vuelo.

GUADALUPE.—¡Por Dios, que lo traiga usté!

SILVINO.—Lo traigo. (*Sale dando traspiés.*)

GUADALUPE.—¡Dios mío! Hay que ver las eses que va usté haciendo!

SILVINO.—Que yo lo traiga, y usté no se fije en la letra.

GUADALUPE.—¡Se mata! (*Entra en el obrador.*)

SILVINO.—¡No creo que haga falta ir á buscar á los amigos con tiralíneas! (*Vase primera derecha cantando*:)

"Soy el farolero, etc."

## ESCENA IV

LUCIO y CARRACA por la izquierda.

LUCIO.—¿Lo has oído todo, Carraca?

CARRACA.—Hasta las comas.

LUCIO.—Ya me se hacía a mí que la Jesusa daría con sus huesos ande su amigota. ¿Qué te dije? Ahí la tienes. (Señalando al obrador.)

CARRACA.—¿Y has visto al farolerito en su papel de "cacanué"?

LUCIO.—A ese encendedor mecánico le estropeo yo el muelle; por mi salú.

CARRACA.—Ha ido a buscarles el pollo.

LUCIO.—Pues se lo encuentran trinchao de que salgan. Lo vas á ver.

CARRACA.—Cálmate, Lucio.

LUCIO.—No me calmo, Carraca. Me arde el corazón de rabia, que yo le he hablao a esa mujer como hablan los hombres de bien y me se ha puesto delante de tóo el mundo en un redículo, que s'han reío de mí hasta los adoquines. Que to lo de hoy ha sío una coba que m'ha suministrao esa niña pa darle achares al Pinturerito y atraérselo a mi costa, y eso no, Carraca; el que se columpia conmigo, se cae y se rompe los dientes. Náa más.

CARRACA.—¿Y qué croquis es el tuyo?

LUCIO.—Mu sencillo. Coger a ese pollo de que venga y decirle que he determinao que renuncie á esa mujer pa siempre, y si contraviene mis ordenanzas, que se compre un aparato para sonarse, porque las narices no le van a hacer servicio.

CARRACA.—¡Almirable! Te voy a declarar de texto. No quiero pedirte en la refriega, si la hubiese, más que una partícula.

LUCIO.—Tú dirás.

CARRACA.—Que me permitas suministrarle la bencina al farolero por mi propia mano; es una "osesión" que tengo.

LUCIO.—Otorgao.

CARRACA.—Te viviré eternamente agradecido lo que queda de semana.

LUCIO.—(Mirando hacia la derecha.) ¡Calla!... ¡míalos!... Por allí vienen.

CARRACA.—Es verdad.

LUCIO.—Recátate pa hacia aquí.

CARRACA.—¡Qué sorpresa tan agradable van á tener! (Se ocultan izquierda.)

## ESCENA V

DICHOS, SILVINO y SERAFIN, primera derecha.

SILVINO.—(Trayéndole agarrado á la chaqueta.) Anda aprisa.

SERAFIN.—Pero aguarde usté, hombre. ¿Dice usté que s'ha escapao?

SILVINO.—S,ha escapao.

SERAFIN.—Pero, ¿cómo se escapao de su casa?

SILVINO.—Pues echando á correr debe haber sido.

SERAFIN.—Bueno; pero digo yo ¿que por qué?

SILVINO.—Pues que te tiés que desengañar, Serafín, la Jesusa no quié á nadie más que ti en este mundo pamplinero; anda.

SERAFIN.—Bueno, y á mí ¿para qué me llaman?

SILVINO.—Pa que te entrevistes con ella y con la maestra de la Guadalupe, que es persona de carácter y que arregléis de una veez lo que tenga que ser.

SERAFIN.—Bueno, ¿y yo aquí no correré peligro?

SILVINO.—¡Tú qué vas á correr! A más de que si hubiera peligro, no lo correrías tú solo, descuida.

SERAFIN.—Oiga usté: ¿y qué ha hecho laJesusa con ese tío yiejo? (Salen despacio Lucio y Carraca y se apoyan en el farol.)

SILVINO.—¿Con el paleto? ¡Ja, ja!... ¡Lo ha dejao por puertas!... ¡¡Y con una de hojaldre!!... Porque el tío se había liao á convidar. ¡Ja, ja! ¡Si ves qué chufla!... ¡Nos hemos reído los vecinos, que ni una película de Charlot! ¡Ja, ja!

SERAFIN.—(Riendo también.) ¿Y qué ha hecho el pobre anciano?

SILVINO.—Pues carcúlate; ¡a estas horas estará en Navalcarnero desollinando chimeneas!

LUCIO.—(Sin avanzar.) Jubilosas y saludables.

SILVINO.—(Al verle.) ¡Mi madre! (Se repliegan a la derecha, quedando Serafín en primer término.)

CARRACA.—Idem, ídem.

SERAFIN.—(Aparte a Silvino.) (¡Pues no está en Navalcarnero!)

SILVINO.—(¡He marrao el itinerario!)

LUCIO.—Beso a ustedes las respectivas.

CARRACA.—Idem, ídem.

SILVINO.—(Quitándose la gorra.) Plácidas y reconfortantes. (¡Nos pondremos finos a ver qué pasa!)

LUCIO.—(Avanzando lentamente, Carraca queda en segundo término, formando pendant con Silvino.) A ustedes les habrá sorprendido, pero no tengo más remedio que presentarme aquí de golpe y porrazo.

SILVINO.—¡Rediez!

CARRACA.—Idem, ídem.

LUCIO.—Lo del porrazo y el golpe es una frase hecha; no alarmarse.

SERAFIN.—Servidor no s'alarma de nada.

LUCIO.—M'alegro, joven; y como principalmente va con usté el asunto, siempre es mejor que con una calandria tropezarse con un pollo.

CARRACA.—Y que aquí tienes de todo: pollo y gallina. (Señalando a Serafín y Silvino.)

SILVINO.—¿Ha dicho usté gallina?

CARRACA.—Gallina.

SILVINO.—(Imitándole.) Idem, ídem.

LUCIO.—Reanudo. Servidor, soy un viejo, un paleto que quizás que habré hecho malamente en dirigirme á una mujer joven y madrileña, no diré que no; pero yo iba por derecho y a lo decente y he sío objeto de una burla asquerosa.

SILVINO.—Hombre, tanto como burla...

LUCIO.—Usté se ha metío a farolero pa ganarse la vida, pero nada más.

SILVINO.—(Avanzando un poco.) Señor Lucio, el que uno intermedje pa aplacar...

LUCIO.—(Imperativo.) He dicho.

CARRACA.—(Soplándole en la cara a Silvino.) Fú-úú. Apagao. (A Lucio.) Prosigue.

LUCIO.—Y vengo aquí—se lo diré clarito y deprisa—a darle a usté una orden.

SERAFIN.—¿Orden a un servidor?

LUCIO.—Que he decretao, en castigo de esa burla que me s'ha hecho, que la Jesusa no sea pa mí, pero pa usté de ninguna manera.

SERAFIN.—¿Quién lo va a estorbar?

LUCIO.—Este pobrecito anciano.

SILVINO.—Hombre, avasallar a la gente...

LUCIO.—(Como antes.) Usté se calla. He dicho.

CARRACA.—(Idem.) ¡Fúuuu! Apagao. Prosigue.

LUCIO.—Conque se vuelve usté a su casita y mientras yo viva en este mundo—apúnteselo en el "crané",—a la Jesusa no la dice usté ni tanto así.

SERAFIN.—Pa mí que usté s'alumbra con aceite y no ve claro, mi amigo.

LUCIO.—Como con sol; conque largo.

SILVINO.—Por Dios, señor Lucio, que yo creo...

LUCIO.—Usté se calla. He dicho.

CARRACA.—¡Fúuuu! Apagao.

SILVINO.—(Indignado.) ¿A que le enciendo a usté el pelo, se juega usté algo?

CARRACA.—Las cejas.

SILVINO.—"Ban..." (Separándose obligado por Serafín.) "bandido."

SERAFIN.—Cállese usté un momento, señor Silvino, que le voy a poner una posdata a este sujeto. (Avanza hasta Lucio.) ¿A ver si me se ve el babero, señor? No, ¿verdad? Pues me parece a mí que a un individuo que no usa ya la denticina, no se le manda náa; si acaso, expresiones y cariñosas. De forma, que servidor, hará con la Jesusa aquello que salga de su corazón

y de su gusto. Conque a dar órdenes a Navalcarnero, que creo que es cabeza de partido. (Vuelve a la derecha.)

SILVINO.—(Avanza hasta Lucio.) He dicho. (Volviendo la cara y soplando a Carraca.) ¡Fúu... úu! Apagao. (Vuelve al lado de Serafín.)

LUCIO.—Está bien. Y á propósito de partido y de cabeza.

SILVINO.—(Aterrado.) ¡Mi madre!

LUCIO.—¿Le daría a usté miedo venir a esa calle próxima, que está a oscuras, a tomarse dos pescozones con un servidor?

SERAFIN.—Y cuarenta mil.

LUCIO.—Andandito. (Vase fondo izquierda.)

SILVINO.—(Trata de detener á Serafín.) ¡Por Dios, Serafín! ¡Hombre, señor Lucio, que no es pa tomarlo así!

SERAFIN.—(Siguiendo a Lucio.) ¡Quite usté, hombre! Vamos, ya. ¡Avasallar a uno! Pues ahora es cuando soy yo capaz hasta de casarme con ella. (Vase.)

CARRACA.—(Deteniendo a Silvino, que trata de hacer mutis.) Encendedor, venga usté, que le voy a echar bencina.

SILVINO.—Idem, ídem, que los de mi pueblo no se achican. (Vanse todos.)

## ESCENA VI

Una VIEJA, una NIÑA, Transeuntes, GUADALUPE, JESUSA, OFICIALAS, SERAFIN, SILVINO, MUJER 1.ª, HOMBRE 1.º, un CHICO, al final EL CARRACA

Se oyen golpes, voces de pelea, estacazos, gritos, etc. Sale por la izquierda, despavorida, una Vieja, con una niña de la mano. Varios transeuntes salen por la derecha y corren al lugar de la acción.

VIEJA.—¡Ay! ¡Socorro! ¡Corre, hija mía, que se matan!

NIÑA.—¡Ay, cómo se pegan esos hombres!

VIEJA.—(Mirando aterrada.) ¡Mira, mira! ¡Huy, cómo están poniendo á ese pobre farolero! ¡Y no hay quien los separe! (Gritando.) ¡Guardias! ¡Que se matan esos hombres!... ¡Guardias!

NIÑA.—¡Ay!... ¡Vámonos, agüela!

GUADALUPE.—(Saliendo alarmada del obrador, seguida de Jesusa y dos oficialas.) ¿Qué pasa?

JESUSA.—¿Qué es?

VIEJA.—¡Unos hombres que se matan! ¡A un farolero que lo están desollando!

GUADALUPE.—¡Madre! (Mirando.) ¡Pero si son Serafín y el señor Silvino!

JESUSA.—¡Cómo Serafín! (Corre a mirar.) ¡Es verdad!... ¡Virgen! (Llamando.) ¡Serafín! ¡Ay, Serafín!

VIEJA.—Deje usté, que ya los separan.

GUADALUPE.—Pero, ¿qué habrá sido? (Silvino sale hecho un desastre, todo roto, sucio de tierra, con un ojo amoratado y la nariz sangrándo. De vez en cuando se escupe en el pañuelo y mira la saliva. De la vara de encender le ha quedado un sólo trozo. Serafín viene en situación muy semejante, con una gran contusión en la frente y el pantalón roto por la rodilla y el cuello de la camisa desabrochado. Les sigue un grupo de dos o tres mujeres, cuatro hombres y dos chicos.)

SILVINO.—(A los que los rodean.) Nada, señores; muchísimas gracias. ¡No ha sido nada lo del ojo! Nada, nada.

JESUSA.—¡Serafín, tú herido! Pero ¿quién te ha pegao?

SERAFIN.—Deja, no ha sío náa. ¡Ese ladrón! ¡Ese tío!

JESUSA.—Pero, ¿qué ha pasao?... Pero ¿con quién?

SERAFIN.—¡Déjate, náa: no ha sío náa!

JESUSA.—Vente aquí. (Lo lleva al banco, le mira las heridas; Serafín se sacude la tierra de la ropa y se compone aquel desastre, en lo posible. Parte del grupo de transeuntes los rodean.)

GUADALUPE.—(A Silvino.) ¡Ay, por Dios, qué cara! Pero, ¿qué ha ocurrido?

SILVINO.—Pues una paliza que nos han... que nos han obligao a que os diéramos. **No siento más** que, que he perdido la chapa.

CHICO.—La he cogido yo. (Se la da.)

SILVINO.—Gracias, rico. Me han torcío el número.

MUJER.—Aquí tié usté la gorra. (Se la entrega toda rota, la visera solo está sujeta de un lado.)

SILVINO.—Gracias, señora; muchísimas gracias.

HOMBRE 1.º.—Y que se arregle eso.

SILVINO.—Muchísimas gracias. No ha sío náa, no ha sío náa.

MUJER.—¡Cómo los han puesto á los infelices! (Vanse todos, cada cual por donde salió, incluso las Oficialas del taller.)

JESUSA.—¡Sangre! ¡Aquí tienes sangre, Serafín!

SERAFIN.—¡Déjate, mejor!

GUADALUPE.—(A Silvino, que se busca nerviosamente en los bolsillos.) Pero, ¿qué busca usté?

SILVINO.—(Hablando con nerviosidad.) Las narices... que yo tenía... tenía un poco de aglutinante pa ponérmelo y no sé... ¿Qué me ha quedao? (Le acerca la cara.)

GUADALUPE.—Una señal.

SILVINO.—Si ha quedao señal, menos mal.

JESUSA.—Entra en el obrador y te pondré un poco vinagre con agua, anda.

SERAFIN.—Yo no entro así más que en la cárcel cuando mate a ese tío. ¡Maldita sea su alma ladrona!

JESUSA.—Pero, ¿con quién ha sido la pelea?

SERAFIN.—Con el señor Lucio, el Canene.

JESUSA.—¡Ay, Dios mío, que me lo figuraba! ¿Ves, ves lo que te dije? (A Guadalupe.) ¡Yo, yo tengo la culpa de todo! Yo, yo la tengo. (Llora.)

SERAFIN.—Bueno, tú te callas ahora, que no quio murgas.

GUADALUPE.—¿Entonces usté...?

SILVINO.—Mi batalla naval—y digo naval porque lo he tirao a una fuente,—ha sido con el Carraca. Náa, que el tío venía por lana y se ha llevao media vara. Aquí está el resto. (Mostrando el palo.)

GUADALUPE.—¿Y eso del ojo?

SILVINO.—Que al ir a darle un estacazo, he tropezao.

GUADALUPE.—Con su puño.

SERAFIN.—Sí, señora; que se pone uno ciego y no ve. ¡Pero le he dao una de golpes¡... ¡Mi madre!

GUADALUPE.—¿Muchos?

SILVINO.—Que se lo han llevao entre cuatro, no le digo a usté más,

Guadalupe. (Se apoya en la media vara que le queda jácarándosamente

CARRACA.—(Que ha salido por la izquierda, sigilosamente; con la horquill de la cachava le engancha el extremo inferior de la vara, tirá de él y le hace perder el equilibrio.) ¡Embustero! (Vase rápidamente.)

SILVINO.—(Aterrado.) ¡Recontra! (Rehaciendo al ver que se va.) ¡Canalla!

GUADALUPE.—¡Granuja! ¡Sinvergüenza!

SERAFIN.—¡Golfo! ¡Asqueroso! Ven aquí, vuelve.

SILVINO.—No, deja; eso no. Ahora verás lo que yo digo. (Las mujeres tratan de contenerle, pero él se suelta, llega furioso hasta el fondo y dice gritando hacia el sitio por donde hizo mutis el Carraca.) Largo de aquí. (Vuelve muy satisfecho.)

JESUSA.—¿Y es que el señor Lucio ha venido a buscarte?

SERAFIN.—(Muy nervioso.) Quemao por lo que l'has hecho, ha venío náa menos que a prohibirme a mí que te quiera y como a mí me sale del corazón quererte, pues te quiero porque te quiero y no me prohibe a mí que te quiera ni ese tío ladrón, ni mi padre que viniese. Náa más que eso.

JESUSA.—Pero, ¿es de veras, Serafín? Pero, ¿qué dices? Pero, ¿es que tú me quieres?

SERAFIN.—¡Ni mi padre que viniese!

JESUSA.—(Exaltada.) Pues si tú me quieres, Serafín, si es verdá eso, ¿quién tendrá poder pa quitarnos de este cariño, no siendo Dios? Que venga ese tío, que venga, y si no le saco los ojos, que me arrastren. ¡Que venga!... ¡que vuelva! (Se abrazan.)

SILVINO.—(Escamado.) Pero, no chilles, mujer. ¡Pero qué necesidaz tenéis de hacerlo todo a gritos!

## ESCENA VII

**JESUSA, GUADALUPE, SILVINO, SERAFIN PATRO y el SEÑOR MANOLO el "Merengue", primera derecha.**

**El señor Manolo el "Merengue" es un tío chulo de lo más cínico y peor encarado que pueda soñarse. Trae en la mano una enorme garrota. Lleva sombrero hongo antiguo.**

PATRO.—(Al verlos abrazados.) ¡Caray!... ¡que no os encuentra una que no sea engarzaos!

SILVINO.—¡Arrea!

SERAFIN.—¡La Patro otra vez! (Se replegan a la izquierda.)

PATRO.—No le dé a usté vergüenza, señor Manolo; pase usté, que ya han cedido.

MANOLO.—(Cogiéndose el ala del sombrero por la frente y levantándolo nada más que por delante.) Tantísimo.

SERAFIN.—(Con energía.) ¿Y a qué vienes tú ahora, dilo ya?

PATRO.—Una futesa. Aquí, mi acompañante, es el señor Manolo el "Merengue".

SERAFIN.—(Indiferente.) Muy señor mío.

MANOLO.—(Como antes.) Tantísimo.

PATRO.—Que como yo sola no puedo, viene á ayudarte á que te quites esa ropita, que me la voy a llevar, ¿sabes, rico?, y las cuatro alhajitas de mi "usufruto, que ya te lo dije. Conque, no siendo los pantalones, que te los tolero hasta mañana, andandito, a entregar, niño.

SERAFIN.—(Amenazador.) Pero ¿es que te has propuesto que yo?... (Jesusa y Guadalupe le contienen.)

PATRO.—(Retirándose un poco temerosa.) Señor Manolo: (Señalando á Serafín.) "intremedie".

MANOLO.—Seré "lacónito." (Pasa al centro.) Ese terno, es propiedaz de la "inflascrita," según fatura que exibo, (La manifiesta.) fechada en esta Corte, fecha u supla. Conque, sírvase despojarse, pollo.

SERAFIN.—Pero, que yo me quite...

MANOLO.—O ropa o chichones; elijan.

SILVINO.—Bueno, este merengue, nos amarga la vida.

SERAFIN.—¿De modo, que vienes?...

PATRO.—Por las prendas que me pertenecen. Con esa te basta. (Por Jesusa.)

JESUSA.—Sí, señora; y le sobra. Diga usté que sí, ea, que ya me he hartao yo. (Exaltada y nerviosa, empieza á despojar á Serafín de las prendas en litigio.) Trae aquí; ven aquí.

SERAFIN.—Pero, ¿qué vas á hacer?

JESUSA.—(Quitándole la americana.) Trae á aquí esa porquería. (Se la da á Silvino.) Désela usté.

GUADALUPE.—Pero, oye, chica...

SILVINO.—Bien hecho. (Ha cogido la americana y la tira á los pies de Manolo.) ¡Americana.)

JESUSA.—(Quitándole el chaleco.) Quítate esta vergüenza. (Se lo da á Silvino.

SERAFIN.—Pero, oye...

SILVINO.—(Tirándole á los pies de Patro.) ¡Chaleco! (Tirándole la gorra á Manolo.) Gorrón, digo gorra.

JESUSA.—(Suponiendo que va en el chaleco.) Reló, cadena, anillos, ahí va todo.

PATRO.—(Recogiéndolo todo y entregándolo al señor Manolo.) Está bien; me salido con la mía.

JESUSA.—Tóo pa usté; todo. Y ahora fuera, fuera de aquí.

PATRO.—Amos, señor Manolo. (Vase derecha.)

MANOLO.—(Como siempre.) Tantísimo. Y no vale la pena disgustarse, señores; total, me llevo cuatro pingajos. (Medio mutis.)

SILVINO.—¡Cinco! (Al ver que se vuelve, saluda, imitándolo.) ¡Tantísimo! (Mutis Manolo.)

SERAFIN.—Pero, ¿qué hago yo ahora así?

JESUSA.—Señor Silvino, haga usté el favor; deme usté su blusa. (Quitándosela.)

SILVINO.—Pero ¿te has vueito loca?

JESUSA.—Pronto, venga esa blusa.

SILVINO.—Oye, tú; que pellizcas. (Queda con una chaqueta negra que lleva bajo la blusa.)

JESUSA.—Toma, póntela; ven que te la ponga. (Serafín se pone la blusa.) Y ahora, Serafín, así con esa blusa, con esa blusa que es ropa de tra-

bajo y de honradez, me paeces otro hombre. Me paeces, eso, ¡un hombre! no lo que eras antes: un chulo de mal arate. Conque, estamos en nuestro momento: o así toda la vida o déjame para siempre; escoge.

SERAFIN.—(Vacilando.) Bueno, es que yo, con tanta cosa, estoy que no sé qué me pasa... ¡Yo no sé qué hacer!

SILVINO.—Pues cuando á un hombre le entra el titubeo, se agarra á lo que tiene más cerca.

SERAFIN.—(Vacilante.) ¿Dice usté que se agarra?... (Abrazándola.) ¡Jesusa!

JESUSA.—¡Serafín de mi alma!

SILVINO.—(Afectado, casi llorando.) Sí; se agarra a lo que tié más cerca... (Abrazándola.) ¡Guadalupe!

GUADALUPE.—(Rechazándole de un empellón.) ¡Chits! ¡que lo más cerca es el farol!

SILVINO.—No me había fijao. Una cosa te pido náa más, Serafín: ¡que me honres la blusa!

GUADALUPE.—Hónrasela, pero cuando pases por una taberna, te la atas; si no, te se va sola, ya lo verás.

## ESCENA FINAL

JESUSA, GUADALUPE, SILVINO, SERAFIN, LEONCIO, MARCIALA, un AGENTE DE VIGILANCIA, DOROTEA, PRIMITIVO y VARIOS TRANSEUNTES. Dos GUARDIAS DE SEGURIDAD

LEONCIO.—(Saliendo primera derecha y señalando a Jesusa.) Esos; esos son. Esa es mi hija.

SILVINO.—¡Rediez!

JESUSA.—¡Mis padres! (Se repliegan a la izquierda. Los transeuntes que salen por distintos lados, quedan parados, presenciando la escena.)

MARCIALA.—(Por Serafín.) Y ese es el canalla, el ladrón, que nos la ha robao.

LEONCIO.—S'ha vestío de blusa, pa que no le conociéramos.

MARCIALA.—Deténgale usté.

AGENTE DE VIGILANCIA.—(A Jesusa.) ¿Es usté hija de estos señores?

LEONCIO.—De la señora y de un servidor, náa más.

JESUSA.—Sí, señor; lo soy.

AGENTE DE VIGILANCIA.—Soy Agente de Vigilancia y tiene usté que venir á la Comisaría.

LEONCIO.—Detenida.

JESUSA.—¡Yo! ¿Por qué?

AGENTE DE VIGILANCIA.—La reclaman sus padres.

JESUSA.—Soy mayor de edad.

LEONCIO.—Le faltan dos meses.

AGENTE DE VIGILANCIA.—Eso se verá en el juzgado; yo cumplo con lo que se me manda. A la Comisería.

JESUSA.—Bueno, no importa; vamos donde sea.

SERAFIN.—¡Jesusa!

JESUSA.—Déjalo, Serafín; de donde vaya, he de volver, que mi cariño es pa ti y el cariño es como unas alas, y con ellas, del fin del mundo se vuelve cuando se quiere. Vamos. (Vanse por la izquierda Jesusa, Agente, curiosos y Guardias, quedándose uno muy rezagado.)

MARCIALA.—(Siguiéndoles.) Pero ¿no la estás oyendo? ¡Mala hija!

LEONCIO.—Ahora se lo dirán a ella. ¡Perra! ¡Más que perra! (Vanse tras el grupo.)

SILVINO.—¿Está usté viendo, Guadalupe?

GUADALUPE.—¡Pobre chica!... ¡Pobre Jesusa!

DOROTEA.—(Apareciendo por la derecha.) Y usté, a la Comisaría también, hale. Guardia, detenga usté á mi padre, que no puedo hacer carrera de él. Deténgalo usté. (Se aproxima el Guardia.)

SILVINO.—¡Pero, Doro!

PRIMITIVO.—Sí, señor; deténgalo usté, que la mata a desgustos.

SILVINO.—(Dándole un pescozón.) ¿Y á ti quién te mete, so gorrión? (Primitivo sale corriendo; Silvino tras él, y detrás el Guardia, tratando de contenerle.)

DOROTEA.—(Chillando.) Guardia; deténgalo usté, que le pega a mi novio. ¡Guardias! ¡Guardias! (Mucha animación. Música en la orquesta y telón rápido de cuadro.)

**Intermedio musical**

**MUTACION**

# CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Fachada de la Iglesia de San Lorenzo, con puertas practicables. Es de día.

## ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, lagunos grupos de Hombres, Mujeres del barrio, Comadres, Verduleras, Albañiles, Vendedores, Chicos, Mendigos y Mendigas, algún Monaguillo, revestido, Vendedoras de rosas. Toda esta abigarrada multitud en grupos, comentan algún suceso importante, a la puerta de la Iglesia. Es un día radiante, primaveral. Huele a flores y a incienso. Las campanas repican en lo alto, alegremente.

**Música**

TODOS ¿Qué pasa en la parroquia—de San Lorenzo,
que suenan las campanas—y huele a incienso?
¿Qué pasa en la parroquia—de mis amores,
que suenan las campanas—y huele a flores?

ELLAS Que hoy se casa la chica—del pajarero,
con Serafín Menéndez—el "Pinturero".
Por querer con constancia—se lo han ganao,
después de los disgustos—que les han dao.

(Algunos entran en la Iglesia; otros quedan formando grupos.)

## ESCENA II

MARCIALA, SEÑA BLASA, DOROTEA, LEONCIO, NICOMEDES, BAUTISTA y PRIMITIVO. Por la derecha.

**Hablado**

BLASA.—¡Por Dios, Marciala; no llores de esa forma que haces charco ande te paras, mujer!

MARCIALA.—¡Cómo no voy a llorar, si esa mala hija se está casando ahí dentro y se ha hecho desgraciá pa siempre y nos ha arruinao a todos!

LEONCIO.—Nos ha arruinao, sí, pero déjala; yo te juro que la alegría de hoy se la amargo.

BAUTISTA.—¡Por Dios, Leoncio!

LEONCIO.—Ella se ha casao sin mi consentimiento, pero la maldición solemne d'un padre, va a caer sobre esa desgraciá en la misma puerta de la Iglesia. (Muerde la gorra.)

NICOMEDES.—No te afeztes, Leoncio.

LEONCIO.—¡Ay, qué amargo es esto, Nicomedes!

NICOMEDES.—¡Pero si es que te estás comiendo la visera!

BAUTISTA.—Hombre, Leoncio, yo creo que la debéis perdonar, porque la cosa ya no tié remedio y dar un escándalo aquí...

MARCIALA.—No, no la perdonamos.

LEONCIO.—¡Nunca! No la perdono, Bautista; no la perdono. ¡Decirme que trabaje!... ¡A mí! A un hombre viejo, destronzao, que ¿qué me espera ya en este mundo? Morirme. Que Dios se acuerde de mí y pasar a peor vida.

BLASA.—Se dice pasar á mejor vida, señor Leoncio.

LEONCIO.—Sí, señora, se dice a mejor, pero como nadie quiere pasar, yo ya me voy escamando.

DOROTEA.—(Que se ha quedado aparte con Primitivo.) Pues ustés tienen un desgusto gordo, sí, señor, lo comprendo, pero ¿y el mío? ¿Y ese padre, que me lo ha encismao esa chulona de la Guadalupe y se ha metío a padrino con ella, sin hacer caso de mis consejos? (Llora.)

PRIMITIVO.—No llores, vida, que mañana te deposito.

DOROTEA.—Y no es eso lo peor, sino cinco reales que yo tenía ahorraos para una peineta de esas de moda con encrustaciones, y va y me los quita y se compra una corbata colorá pa ponerse majo. Yo que guardaba los cinco reales con la ilusión de la peineta, y voy al cajón ¡y qué cinco reales ni qué peineta! ¡Allí habían estao! (Se oye rumor y se observa movimiento de gente.)

BLASA.—Ya salen, ya salen; callarse.

LEONCIO.—¡Ahora vereis si les amargo la fiesta!

NICOMEDES.—¡Leoncio!

BLASA.—¡Qué guapa sale!... ¡Da gloria!

MARCIALA.—No; no la quiero ver. (Se ocultan por el lateral derecha.)

## ESCENA III

DICHOS. Salen de la Iglesia JESUSA de novia, SERAFIN, SILVINO, GUADALUPE y acompañamiento. INVITADOS, INVITADAS. Ellas, con mantones de Manila y flores; ellos, de fiesta. Rumbo y majeza en todos. Les siguen curiosos, chicos, monaguillos, etc. Mucha animación y alegría. El señor Silvino arroja puñados de cuartos. Le dan vivas, voces, aclamaciones. Al final, LUCIO y el CARRACA

**Música**

ACOMP. ¡Viva la novia y el novio—y el cura que los casó,
**el padrino y la madrina,—los convidados y yo!**

GUADALUPE (A Jesusa.)
Tienes un hermoso día,—tienes juventud y amor,
campanitas, alegría,—nardos y rosas de olor...
¿qué puedes pedir, Jesusa?

JESUSA Una cosa pediría:—que Serafín me quisiera.

SERAFIN Pues ya te ha oído el señor.

SILVINO ¡Ole lo sentimetal—y que viva el yo t'adoro
Vamos á cantar á coro.—Venga la marcha nupcial.

(Se forman por parejas; mucha animación.)

TODOS.—Vamos, vamos, vamos a comer a la Bombilla, del bracero así los... (Se dirigen hacia la derecha, los novios a la cabeza, y en el momento de llegar al lateral, sale el señor Leoncio, seguido de los suyos. Todos retroceden. Sigue la música piano.)

**Hablado**

LEONCIO Hija descastada—que huyes de mi lao.
¡Maldita la hora—en que te has casao!

(Ayes, exclamaciones, llanto, agitación en todos. Unos rodean al padre, otros a la madre, otros a los novios, etcétera. Colocación de derecha a izquierda: Blasa, Marciala, Nicomedes, Bautista, Leoncio, Silvino, Jesusa, Serafín, Guadalupe, Dorotea y Primitivo.)

SILVINO.—¡Por Dios, esñor Leoncio!

JESUSA.—¡Padre!

GUADALUPE.—¡Cállese usté!

LEONCIO.—¡Sí; yo te maldigo, hija "espuria"! ¡Hija "inlegítima"!

MARCIALA.—¡Y yo! ¡Y tu madre también; descastá!... ¡mala hija, que vas a ser mi muerte! ¡Ay, que yo me muero! ¡Ay, qué disgusto!... ¡Ay, qué nudo! ¡Agua!... ¡Darme agua, que me ahogo! (Blasa y dos o tres mujeres, la auxilian.)

JESUSA.—¡Madre, por Dios!

SERAFIN.—¡Hay que ver la mala sangre! ¡Darnos este escándalo! (Confusión general.)

SILVINO.—Señores. calma; callarse y oirme un momento.

GUADALUPE.—Callarse y oir al señorSilvino. (Silencio.)

SILVINO.—Señor Leoncio, yo creo que lo que debía usté hacer, antes que vengan los guardias al escándalo y s'arme aquí una trifulca, es venirse con nosotros a la Bombilla.

LEONCIO.—¿Yo a la Bombilla? (Con indignación.) ¡Nunca!

SILVINO.—Tenemos paella, merluza con mayonesa, cordero asao, frutas y queso con gusanos y tóo. Uste viene, comemos y luego, de sobremesa, seacuerda lo que sea: la perdona usté u no la perdona. (Aparte a los otros.) ¡El, que coma, que ya vereis.)

LEONCIO.—(Enterneciéndose poco a poco.) ¿Y dices que paella?

SILVINO.—Catorce pollos, seis kilos de lomo, treinta docenas de almejas...

LEONCIO.—¿Treinta?

SILVINO.—¡Las habré contao yo!

LEONCIO.—Vamos a tratar lo que sea. (Acercándose a Marciala.) ¿Quiés que vayamos, Marciala? Esto ya no tié remedio. Y como se van tantas cosas raras en el mundo, figúrate que a este chico le da ahora por ser honrao; pues podía ayudarnos. El caso es que yo no trabaje. ¿Quiés que vayamos?

GUADALUPE.—(Acercándose con los novios.) ¿Pues no ha de querer?

BLASA.—Sí, señora, usté viene; ya lo creo que viene.

GUADALUPE.—La llevamos entre toos a la fuerza, si no quiere de otra forma.

JESUSA.—Amos, madre; deme usté esa alegría.

LEONCIO.—Anda, reanímate, que hay mayonesa.

MARCIALA.—Llevarme donde querais; yo no sé lo que me pasa.

TODOS.—(Con alegría.) ¡Eso, eso!

SILVINO.—¡Así! ¡Tóo arreglao! ¡Venga alegría por todo el cuerpo y a la Bombilla! ¡En marcha!

**Música**

TODOS Vamos, vamos, vamos—a comer a la Bombilla,
del bracero así los dos.—Vamos, vamos, vamos
con la novia o la costilla,—porque así lo manda Dios.
Vámonos.

(Van haciendo mutis por la derecha; cuando la comitiva casi desaparece, salen por la izquierda el señor Lucio y el "Carraca" y se quedan mirando a los que se alejan.)

LUCIO.—Andar con Dios, que a la Bombilla os llevamos nosotros el postre.

CARRACA.—Galletas, tortas y mojicones; a elegir. (Les siguen. Fuerte en la orquesta. Telón de cuadro. Sigue la música.)

**MUTACION**

# CUADRO TERCERO

Exterior de un merendero de la Bombilla, circundado por una empalizada con puerta al foro. Esta puerta da a la carretera. A la izquierda, la casa con puerta prácticable también. Es de día. Mucha luz.

## ESCENA PRIMERA

Al hacerse la mutación, aparecen dos grupos; uno de gente joven bailando al son de un organillo. Otro, de gente ya madura, sentada en diferentes mesas tomando vino y aceitunas. En la del primer término derecha, NICOMEDES y BAUTISTA. La SEÑA BLASA, sale del Merendero. DOROTEA y PRIMITIVO, bailan.

NICOMEDES.—(Al ver salir a Blasa.) Qué: ¿cómo anda la paella?

BLASA.—Con una olorcita, que está diciendo comerme.

INVITADA 1.ª.—¡Pero que no tarde mucho!

BLASA.—Un cuarto de hora. (Se mezcla con la concurrencia.)

BAUTISTA.—(A Nicomedes.) Buen día les hace á los novios.

NICOMEDES.—Hermoso de verdá. Y pa colmo, Leoncio y la Marciala los han perdonao.

BAUTISTA.—¡Como tenía que ser!

NICOMEDES.—Lo malo es que al remate venga quien se lo estropee.

BAUTISTA.—¿Crees tú?

NICOMEDES.—Lo digo, porque juraría, y quisiá haberme engañao, que el señor Lucio el "Canene" y el "Carraca", no andan lejos.

BAUTISTA.—¡Mi madre! ¿De verdá?

NICOMEDES.—Antes, cuando he salío a la carretera, tengo la idea de que los he visto paraos con un vendedor, comprando quisquillas.

BAUTISTA.—¡Quisquillas! ¡Malo!

NICOMEDES.—Calla, que vienen; no alarmemos sin motivo.

## ESCENA II

DICHOS, LEONCIO, JESUSA, SILVINO, GUADALUPE, MARCIALA, SERAFIN y algunos INVITADOS e INVITADAS. Todos de la casa. Luego LUCIO y el CARRACA. Después un MOZO del Merendero. Cesa el baile.

LEONCIO.—(Trayendo abrazada a Jesusa.) Sí, hija mía, sí. Ven a mis brazos paternos. Puesto que ha sido tu gusto, yo te perdono; bien casada estás.

JESUSA.—Gracias, padre; no sabe usté la alegría que me da. ¡Ahora es cuando soy feliz. (Se abrazan.)

TODOS.—(Aplaudiendo.) ¡Bravo, bravo!

SILVINO.—Y fijarse en este cuadrito a la "aguarela" que viene detrás: "El abrazo suegril".

MARCIALA.—(Besándole repetidamente.) Házmela feliz, hijo mío; házmela feliz, por lo que más quieras.

SERAFIN.—No me bese usté más y se lo juro, señá Marciala. (Guadalupe, Dorotea y Primitivo, formando un grupo a la izquierda con varias muchachas. Los novios con sus padres y Silvino a la derecha.)

LEONCIO.—Ahora, que vosotros no sabeis el vacío que le queda a un padre, cuando se le va una hija. Di que me sirvan unas magras de jamón, que estoy desfallecido, Silvino. Y ya que estamos en una cosa tan familiar yo quisiera pedirte un favor, Serafín.

SERAFIN.—Pida usté lo que quiera.

LEONCIO.—Que si a ti te va bien en el taller y esta se apaña en su trabajo, a ver si me podeis quitar entre todos de este aperreo de vida, hombre, que me paece que ya es hora que yo descanse, hijo mío. ¡Treinta y dos años a pájaros!

INVITADA 1.ª—(A Dorotea.) ¡Que tiés que cantar, que tú sabes!

DOROTEA.—Que no, mujer; pero si no sé.

INVITADA. 1.ª—Que cante la Doro.

TODOS.—Que sí, que sí.

MARCIALA.—Anda, hija, no t'hagas de rogar.

DOROTEA.—Pero si no sé más que un cuplé que me enseño una cupletera que vivía en el segundo patio de casa; una muy delgadita que le decían la "Bella Tallarín".

SILVINO.—¡Ah, sí; aquella chica soltera que se quedó viuda hará dos meses!

DOROTEA.—Justo, la Rufina; y no sé si m'acordaré.

GUADALUPE.—Pues anda, a ver si te recuerdas.

DOROTEA.— Bueno; veremos a ver lo que sale.

**Música**

DOROTEA (Imitando en todo a una cupletista.)
Sofía—tenía la manía—de que la tocaría
el gordo de la lotería,—y Antero,—un gordo, que es lotero,
con un billete entero—dijo que la obsequiaría.
La regaló el billete—y en el barrio se contó,
que el "gordo" de la "lote"—a Sofía la tocó.
No sé cuánto la llegó a tocar,—pero el barrio la empezó a cantar.—¡Ay, Sofía,—con la juguetería,—pues si el gordo no llegas nunca a vislumbrar,—con un chico desde luego pues contar!—(Baila.)

TODOS ¡Ay, Sofía!—etc.,etc.

DOROTEA Tadeo,—que es chato, bizco y feo,—se tié, por lo que veo,
por más guapo que la Cleo;—a Rosa,—una chica preciosa,
por donde va, la acosa,—y la tié de charloteo.
Y todos los vecinos—ya hace tiempo que han notao,
que el feo de Tadeo—a la Rosa ha enguirlotao.
Y por eso ya hay más de un guasón—que a Tadeo canta
esta canción—¡Ay, Tadeo —Jesús, qué mal te veo!
¡Ay, Tadeo,—pues siendo así, tan feo,—si a la Rosa
por fin la logras convencer,—algún feo a la infeliz
la vas á hacer!—Baila.)

TODOS ¡Ay, Tadeo! etc., etc.—(Todos aplauden.)

**Hablado**

TODOS.—¡Muy bien, muy bien!

LEONCIO.—¡Admirable! Esta chica, dentro de poco te la ves de cancionetista: la bella Azafrán. (Silvino llora de emoción.)

BAUTISTA.—Y después de esto, ¿sabeis que es lo indicao?

TODOS.—¡Qué?

BAUTISTA.—Que organicemos una gallina ciega y que se quede el señor Silvino.

TODOS.—(Con algazara.) ¡Sí, sí!

SILVINO.—Con mucho gusto, sí, señor.

GUADALUPE.—Eso, eso; a vendarle los ojos.

NICOMEDES.—Hale; yo también juego.

BLASA.—Venga usté. Trae un pañuelo,Socorro.

INVITADA 1.ª—Tome usté. (Le entrega uno blanco.)

SILVINO.—Bueno; pero cuando esté la paella, me destapais, ¿eh? (Vendan los ojos a Silvino.)

GUADALUPE.—Ande; hacer corro, hacer corro (Forman un corro entre los invitados, Doro, Primi, Marciala, Leoncio, Blasa, Socorro y Nicomedes, dejando en el centro a Silvino al que entregan un bastón.)

INVITADA 1.ª—Gallinita ciega, ¿qué te se ha perdido?

SILVINO.—Una aguja y un dedal.

INVITADA 1.ª—Da tres vueltecitas y lo encontrarás. (Le da tres vueltas y lo suelta, formando en el corro y giran a su alrededor riendo y gesticulando.)

GUADALUPE.—A dar vueltas y silencio.

NICOMEDES.—No reirse, hombre.

SILVINO.—(A su antojo, manda parar, dando un golpe en el suelo con el bastón.) ¡Alto la rueda! (Quedan parados y en silencio; Silvino avanza hacia Nicomedes, y tocándole con el bastón dice:) Esta señorita. (Le entrega un extremo del bastón y se coloca el otro al oído, como si fuera un teléfono.) Pite usted, joven.

NICOMEDES.—(Desfigurando la voz.) ¡Piiiii!

SILVINO.—La Amparo.

INVITADA 1.ª.—¡El señor Nicomedes!

TODOS.—(Ríen y alborotan.) ¡Que no!... ¡que no!

LEONCIO.—¡Pues sí que tienes oído!

SILVINO.—Venga otra vez; veréis ahora.

LEONCIO.—Yo no juego más, que esto es muy cansao. (Va a reunirse al grupo que forman a la derecha Jesusa y Serafín. Giran de nuevo. En este momento, aparecen en la puerta del foro el señor Lucio y el Carraca, Todos, en silencio y como amedrentados, deshacen el corro y se retiran hacia la derecha.)

SILVINO.—(Que queda tanteando, en el aire, tropieza con el Carraca y le detiene, repitiendo el juego anterior.) ¡Alto la rueda! Esta señorita Pite usté, joven.

CARRACA.—(Tomándolo a broma.) ¡Piiiii!

SILVINO.—Callarse, que yo no conozco este silbato.

CARRACA.—¡Piiiii!

SILVINO.—Socorro. Ahora sí que he acertao; Socorro.

CARRACA.—(Le destapa.) Usté verá.

SILVINO.—(Aterrado.) ¡Socorro! (Se une á los demás.)

CARRACA.—Basiliso Lamolla y Terrones, alias "Carraca"; servidor. (Se va reunir con el señor Lucio, que se ha sentado en una mesa, primera izquierda, frente al grupo. Llaman y acude un Mozo.)

SERAFIN.—¡El señor Lucio aquí!... ¡viene a armarla!

JESUSA.—Me l'ha guardao.

LEONCIO.—Era de esperar.

MARCIALA.—Estas son las consecuencias.

SERAFIN.—¡Maldita sea!

SILVINO.—¿Quién ustés que les diga que si se van les damos un bocadillo a cada uno y tranvía pagao?

MOZO.—(En la mesa de Lucio.) ¿Qué desean?

LUCIO.—Cerveza u gaseosa; lo que esté más fresco.

MOZO.—La cerveza.

LUCIO.—Pues media botella del "Aguila".

MOZO.—(A Carraca.) Y usté, ¿qué quiere, ceveza u gaseosa?

CARRACA.—Me es homogéneo; (Señalando a Lucio.) lo de aquí.

MOZO.—En seguida. (Vase y sirve.)

CARRACA.—S'han quedao "pietrificaos".

LUCIO.—También estaba yo lleno de alegría aquella tarde y acuérdate cómo se rieron de mí, que aún tengo el amargor en el corazón; pero la risa va por barrios y ha llegao la mía. Hoy me la pagan.

SERAFIN.—Bueno, esos tíos se traen bronca; está visto. Yo voy a afrontar el peligro de cara. Dejarme.

JESUSA.—¡No, por Dios, Serafín! (Le detiene.)

SILVINO.—Quieto y no lo compliques, haz el favor.

GUADALUPE.—Pero, ¿qué hacemos? Porque esos tíos se van a estar aquí todo el día.

MARCIALA.—¿Lo estás viendo? Estas son las consecuencias de engañar a los hombres.

JESUSA.—Yo no le engañé, madre.

MARCIANA.—Le engañaste.

JESUSA.—(Con firmeza.) No le engañé. La que engaña es la que vende cariño a un hombre que no quiere, pa vivir con lujo y sin penas y encima le pisotea la honra. (Suenan dos tiros lejos y consecutivamente se oye rumor de voces, gritos de auxilio, ayes, maldiciones). ¡Socorro! ¡Guardias! ¡Va herido! ¡Le ha matao! ¡A ese! A ese! (Los tiros y el escándalo, suspenden el ánimo de cuantas personas hay en escena y hacen derivar su atención hacia el imprevisto y desconocido suceso exterior.)

LEONCIO.—¿Qué es eso?

SILVINO.—¿Qué gritan?

GUADALUPE.—¿Qué pasará?

BAUTISTA.—Vamos a verlo. (Van algunos hacia la puerta.)

LUCIO.—(Se levanta.) ¡Oye! ¡Dos tiros!

CARRACA.—¡Atiende!... ¡y piden socorro!

LEONCIO.—¿Qué podrá ser?

## ESCENA FINAL

DICHOS y UN JOVEN, despavorido.

De pronto, entra descompuesto, lívido, con el sombrero lleno de tierra, en la mano, la corbata deshecha, los pelos en desorden y hablando con un jadeo angustioso, un joven simpático, como de veinticinco años de edad, que al parecer viene huyendo y se refugia allí.

JOVEN.—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Me hatirao!... ¡Dos tiros!... ¡Me sigue! (Todos le rodean, dejando solos a la izquierda a Lucio y Carraca.)

LEONCIO.—Pero, ¿qué le pasa a usté, joven?

JOVEN.—¡Ay!... ¡Ha sido horrible!... ¡Me ha disparao a quema ropa! ¡Misté la americana! ¡Ay, que viene!

GUADALUPE.—No tenga usté cuidao.

MARCIALA.—Beba usté un poco de agua. (Se la da.)

JOVEN.—(Aterrado.) ¿No viene?

SILVINO.—No tenga usté miedo, hombre. Pero ¿ha sido desafío, bronca u atentao?

JOVEN.—No, señor, ha sido mi desgracia, ¿sabe usté? Que yo estaba con una joven ahí, en ese merendero de al lao, comiendo en un gabinete, y de repente, abren la puerta y entra el marido. Ella ha dao un grito, el marido dos tiros, yo un salto por la ventana que no sé cómo no me he matao, he echao a correr, se ha armao la bronca padre y no sé si vendrá siguiéndome.

LEONCIO.—Pero, señor, y usté, ¿pa qué se mete en fregaos de esa naturaleza?

JOVEN.—Está muy mal hecho, sí, señor, yo lo comprendo, pero es que esa mujer y yo nos queríamos a cegar dende chicos y los padres se empeñaron en casarla a la fuerza con un tío viejo y rico, y ella, lo que pasa,

por salir de la miseria y por el aquél de los padres, se casó hará cuatro meses; pero el otro día nos vimos, hablamos y ¡claro!, como nos queremos, pues... ¡Y ahora, qué será de ella, Dios mío!

GUADALUPE.—¡Pobre joven!

MARCIALA.—Ande, ande, cálmese usté.

BAUTISTA.—Llevarlo ahí dentro, que le hagan una taza de tila.

VARIOS.—(Entre ellos, Doro y Primi.) Sí; vamos, vamos!

JOVEN.—(Al pasar junto a Lucio.) ¡Y tóo por un tío viejo! ¡maldita sea! (Entran en el merendero el joven, Doro y Primi, seguidos de varios invitados. Vuelven a quedar frente a frente el grupo de Lucio y Carraca con el de Serafín y Jesusa. Se miran en silencio un instante.)

JESUSA.—(Adelanta hacia Lucio sonriente y tranquila.) Señor Lucio ya love usté; lamisma vida nos pone las cosas delante de los ojos. (Lucio calla, la mira y baja la mirada.) ¿No es más leal lo que hice yo aquel día que lo que esa desgraciá ha hecho hoy? Confiéselo usté.

LUCIO.—Verdaderamente.

JESUSA.—Pues entonces, como usté es un hombre bueno, un hombre de corazón, deme usté esa mano, venga usté a esta mesa y bébase un vaso de vino a la salú de una mujer, que no ha querío ser rica, porque tenía que dejar de ser honrada. Venga usté.

LUCIO.—Que sí, señor; tiés razón. (En un rasgo.) Fuera puntillos y venganzas. Trae esa copa. (Serafín se la entrega a Jesusa y ésta a Lucio. Silvino va corriendo por otra y al ver que Lucio ya ha cogido la otra, se la bebe él, no apurándola por impedírselo Guadalupe.) Serafín: tiés que quererla, porque el cariño de una mujer como ésta, tóo lo hace grande y tóo lo hace bueno. Ye ves, yo vine aquí pa amargaros el día y me voy a marchar bebiéndome antes un vaso de vino a vuestra salú y jurando, con él en alto, que os deseo tóo el bien que merece un corazón tan fuerte, tan honrao y tan leal como el de la Jesusa. (Se bebe el vino.) Adiós, señores. (Medio mutis por el foro, seguido de Carraca.)

LEONCIO.—¡Viva el señor Lucio!

TODOS.—¡Viva!

SILVINO.—Una palabrita.

LUCIO.—(Deteniéndose.) Venga.

SILVINO.—¿Quié usté estirar dos deditos más su bondá?

LUCIO.—¿Cómo?

SILVINO.—¿Quié usté ser el padrino de mi boda?

GUADALUPE.—¿Con quién se casa usté?

SILVINO.—Con una tontería de patillas que tiene ahora veinticinco primaveras. Es decir, veintiséis; las veinticinco suyas y un servidor.

LUCIO.—Hecho.

CARRACA.—Y servidor, testigo. (Le da la mano.)

SILVINO.—Señor Carraca, gracias, y delante de mí, ya no hay quien le toque a usté, ni en Semana Santa. (Vanse Lucio y Carraca por el fondo. Salen del merendero Doro y Primi, y discutiendo, llegan a primer término izquierda.) Guadalupe, voy a decir a tóo el mundo que nos hemos aliao.

GUADALUPE.—Bueno, pero pronuncie usté bien la "a," no vayan a pensarse otra cosa. (Silvino se dirige a la izquierda y queda parado al oir la discusión de su hija.)

DOROTEA.—Nada, que tiene que ser lo mío.

PRIMITIVO.—Lo que tú quieras.

DOROTEA.—Si es chico, Perico. (Al volver la cara y ver a su padre, se queda sofocada.)

SILVINO.—Sí; porque si es chica, no se lo podéis poner.

LEONCIO.—Pero, ¿qué dicen esos?

SILVINO.—¡Haciendo cárculos! ¡Hasta los gatos "quién" alpargatas! ¡Maldita sea! (Amenazándola con el palo, que aún conserva en la mano.) Y que no sirve llevarles la contraria, porque ya hemos visto la coplita:

"No te "oceques", pajarero,—mira que hasta los gorriones
saben, que si es verdadero,—contra el querer no hay razones."

Cuadro. A la derecha, Jesusa con sus padres y Serafín; en el centro Guadalupe y Silvino, y a la izquierda Doro y Primi. Los invitados, por toda la escena. Mucha alegría. Música en la orquesta. Telón.)

FIN DEL SAINETE

CÁNDIDO ALONSO Y COMPAÑÍA
Ronda de Atocha, 15.
Madrid.—Teléfono 809.

## Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones (S. A.)

MADRID: Ferraz, 25. — PARÍS: 7, rue Lille. — BUENOS AIRES: Rivadavia, 1.573-75. — BARCELONA: Barbará, 16. — IRÚN: calle Ferrocarril.

Concesionaria exclusiva para la venta de *La Novela Cómica*, *La Semana*, *España*, *La Lidia* y *A. E. D. Infantil*.

Y de las Casas editoriales *Renacimiento* y *Mundo Latino*. Obras de Valle-Inclán, Anatole France, Hesperia, etc., etc.

Venta al por mayor de todas las revistas de modas, diarios, magazines, etc., del mundo entero.

SOLICITENSE CONDICIONES

## Números publicados por LA NOVELA CÓMICA

*El amigo Melquiades*, por Carlos Arniches.
*El modelo de virtudes*, por Pedro Muñoz Seca.
*La familia de la Sole. El porvenir del niño*, por Antonio Casero.
*Las pecadoras*, por Asenjo y Torres del Alamo.
*La sobresalienta*, por Jacinto Benavente.
*Una pasión y un frac*, por Fernando Luque.
*El orgullo de Albacete*, por Paso y Abati.
*Lluvia de hijos*, por Federico Reparaz.
*La sombra de Otelo*, por José Montero.
*La cocina. La afición*, por Antonio Ramos Martín.
*El capricho de las damas*, por Asensio Mas, Cadenas y Blasco.
*El contrabando. De balcón a balcón*, por Sebastián Alonso y Pedro Muñoz Seca.
*Serafín el Pinturero*, por Arniches y Renovales.

# La Novela Cómica

REVISTA SEMANAL LITERARIA

PUBLICARA LOS DOMINGOS UNA NOVELA Ó UNA OBRA TEATRAL DE MÉRITO EXTRAORDINARIO

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

| PROVINCIAS | | EXTRANJERO | |
|---|---|---|---|
| SEMESTRE | PTAS. 3,00 | SEMESTRE | PTAS. 6,00 |
| AÑO | » 6,00 | AÑO | » 12,00 |

TODA LA CORRESPONDENCIA AL APARTADO DE CORREOS NÚMERO 645



Más de medio siglo de uso.—Universal en bebida y baño.

## LOECHES

Agua mineral natural. — Purgante. Depurativa.

Jardines 15. "LA MARGARITA Madrid.

## Palacio Hotel de Ventas

*Muebles para despachos; comedores, alcobas, gabinetes, salas, en todos los estilos; alfombras, tapices, aparatos de luz eléctrica, porcelanas de Talavera y Manises, juguetes para los niños.*

40 amplios salones. — 34, Atocha, 34. — Teléfono 860. — Entrada libre.

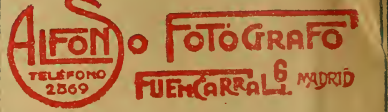
## PLATA DE LEY AL PESO

EN BANDEJAS, CUBIERTOS Y ALHAJAS DE OCASIÓN

La casa que más barato vende es la de

PÉREZ HERMANOS

Zaragoza, 2, y Fresa, 2.—Teléfono 2.449.




Agua mineral natural PURGANTE de Loeches.

## PENAGALLO

Depurativa
Antiartrítica
Antiherpética

Pida usted botella de una dosis en farmacias y droguerías.

Propietario: LUIS SANZ. Montera, 29, bajo.—Teléfono II-76

## LA BELLEZA POR LA HIGIENE

Para obtener y conservar una espléndida cabellera usad Higiene del cabello SOJÁL. Hace nacer y crecer el pelo, favorece su desarrollo, evita su caída, y limpia de caspa la cabeza. *Venta:* en todas las buenas perfumerías. Por mayor, Martín y Durán. J. Pérez Martín y Compañía.



El papel en que se imprime «La Novela Cómica», es fabricación especial de LA PAPELERA ESPAÑOLA.